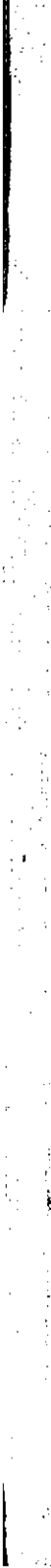


A-C.158/6



R
93647

NO MAS MOSTRADOR,

COMEDIA ORIGINAL

EN CINCO ACTOS,

SU AUTOR

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.



270

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1843.

Esta comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.



NO MAS MOSTRADOR,

COMEDIA ORIGINAL EN CINCO ACTOS.

PERSONAS.

DON DEOGRACIAS, comerciante.	SIMON, su ayuda de cámara.
DOÑA BIBIANA, su muger.	SEÑOR BORDERÓ, sastre.
JULIA, su hija.	FRANCISCO, criado.
BERNARDO, su amante.	PASCASIO, jardinero.
EL CONDE DEL VERDE SAUCO.	UN JOCCUREY del conde.

La Escena es en Madrid en casa de don Deogracias.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la trastienda de un grande almacén; en el fondo habrá una puerta que conduce al almacén; á la izquierda una puerta que da salida á la calle, y otra que figura dar á un jardín; á la derecha dos puertas, una que conduce á las habitaciones interiores, y la otra al cuarto de Don Deogracias. Muebles de moda.

ESCENA PRIMERA.

DON DEOGRACIAS. DOÑA BIBIANA.

Deogracias. Pero muger, ¿es posible que hayas perdido el juicio hasta el punto de querer hacer la señora? Tú, hija de una honrada corchetera, que en toda su vida no supo salir de los portales de Santa Cruz con su puesto de botones de hueso y abanicos de novia.... Tu abuelo un pobre cordonero de la calle de las Urosas, que, gracias á tu boda conmigo, concluyó sus días en una cama de tres colchones con colcha de cotonía....

Bibiana. Y qué tenemos con esa relacion tan larga de mi padre, y de mi abuelo, y de mi...? Vaya que es gracioso. Si señor, quiero dejar el comercio; sabe Dios lo que la suerte me reserva todavía: verdad es que mi madre ven-

:

dia botones; pero por eso mismo no los quiero vender yo.. sobre todo; si yo conozco mi genio.... y, vamos á ver, dime: qué era la marquesa del Encantillo, que anda desempedrando esas calles de Dios en un magnífico landó? A ver si su abuelo no era un pobre valenciano, que vino vendiendo estera, y se ponía por mas señas en un portal de la calle de las Recogidas, hecho un pordiosero, que era lo que habia que ver. En fin, fuera cuestiones, Deogracias; te lo he dicho, no quiero mas comercio. Llevo ya veinte y cuatro años de medir sedas, de estirar la cotanza para escatimar un dedo de tela á los parroquianos, y de poner la cortina á la puerta para que no se vean las marcas de las piezas.... qué sé yo... maldito mostrador; basta, basta, no mas mostrador.

Deogracias. Pero muger, ven acá. No es el comercio, que tanto maldices, el mismo que nos ha puesto en estado de hacer los señores, y de gastar, y de....?

Bibiana. Tanto mas motivo para dejarlo, y para descansar y disfrutar lo que hemos ganado. Cada vez que me acuerdo del baile de la otra noche, adonde fui con nuestra hija Julia, y de cómo tiene puesta la casa doña Amelia.... vaya.... Deogracias, desengáñate, mientras yo no tenga mi magnífica casa, y esté en un soberbio taburete recibiendo la gente del gran tono, y dando disposiciones para las arañas, y los quinqués, y la mesa de juego, y las alfombras, y el ambigú, y no entren mis lacayos abriendo la mampara, y anunciando: «el conde tal.... el vizconde cual....» y mientras no tenga palco en la ópera, y un jocquey que me acompañe al Prado por las mañanas en invierno, con mi schal en el brazo, y mi sombrilla en la mano.... desengáñate, me verás aburrida morirme de tedio....

Deogracias. Valiente papel haré yo en tu magnífico salon, alli revuelto con los condes y marqueses... yo que nunca he salido, como quien dice, de los portales de Guadalajara. Vamos, creeme, Bibiana...

Bibiana. Bibiana! Dios mío! qué marido tan ordinario! no te he dicho ya cien mil veces que no quiero que me vuelvas á llamar Bibiana? dónde has visto tú una muger del gran tono que se llame Bibiana? Concha me llamo, y me quiero llamar; y señora doña Concha seré hasta que me muera; y me lo llamarán, si señor, que para eso tengo

dinero, y «como está usted, Conchita?—Conchita, que mona es usted!»

Deogracias. Mira, muger. Bibiana Cartucho eras cuando me enamoré de tí, por mi mala estrella: con Bibiana Cartucho me casé, que ojalá fuera mentira, para purgar sin-duda mis pecados en este mundo; y para mí Bibiana Cartucho has sido, eres y serás hasta que me muera; y si te mueres tú antes, en tu lápida he de poner: «aquí yace Bibiana Cartucho,» y nada mas.

Bibiana. Ay, Dios mio, qué vergüenza! hasta despues de mi muerte! pues bien, rencoroso, enhorabuena, quédate en tus portales de Guadalajara, hecho un criado de todo el que te venga á pedir una cuarta de bayeta... haz lo que quieras, ya que eres un pobre hombre, y no quieres brillar y darte tono: asi como asi, no son los maridos en lo que mas reparan las gentes; pero tienes hijos, y no me parece que será cosa de sacrificarlos á tu capricho: creo que no harás ánimo de que sean tambien horteras.

Deogracias. Sí por cierto. Teodoro, que va á cumplir catorce años, saldrá de la Escuela Pia en cuanto tenga mas formada su letra, y sepa decir alguna cosa en latin, no para ver de ponerle los cordones, como tú crees, sino para reemplazárme en el almacen. No ceñirá espada; pero sin eso podrá ser un buen español: no tendrá, á imitacion mia, mas insignia que la vara de medir; pero quién duda que podrá servir con ella á Dios y al rey tan bien como cualquier otro? Además de que no le faltan al rey jóvenes nobles y bien dispuestos, que han nacido para defenderle, y que saben sostener el brillo de su casaca, el honor de sus antepasados y los derechos de su soberano.

Bibiana. Es posible? bien; pero en cuanto á mi hija Julia... ya está en edad de poderse casar... una jóven de mérito, que la he criado yo misma, que canta, que baila, que toca... Es verdad que no sabe fregar, ni barrer, ni coser ninguna cosa; pero para ser elegante tampoco lo necesita.

Deogracias. Sí, Julia se casará; ya hace tiempo que tengo tratada su boda; y si no lo sabes ya, tú tienes la culpa. Tus eternos deseos de casarla con un personaje me han obligado á ocultártelo; pienso casarla con Bernardo, el hijo de mi amigo Benedicto, comerciante de tapices de Barcelona.

Bibiana. Yo! suegra de un tapicero?

Deogracias. De un tapicero; y por qué no? Cuánto mejor es un tapicero que puede contar con cien mil reales de renta al año y probidad, que un elegante jugador, un marqués plagado de trampas, un militar sin juicio, un abogado sin clientela, un médico sin enfermos...

Bibiana. Bien... pero, y si tu hija experimentase una aversión particular hácia esa boda?

Deogracias. Aversión, no es posible; ni aun le conoce; yo mismo, si le veo en la calle, no puedo decir «este es;» ya se ve, como que no le he visto nunca. Su padre me escribió el proyecto de casar á nuestros hijos; y yo, que no creo encontrar partido alguno mas ventajoso, he aceptado. Por lo que hace á Julia, yo creo que ni piensa en eso: tú la vuelves loca.

Bibiana. Corriente; pues me remito á ella; ella puede decidir entre los dos.

Deogracias. Enhorabuena; yo sé que la chica es otra cosa.

Bibiana. Julia! Julia!

Deogracias. Ella nos dirá su gusto; pero en la inteligencia que si quiere, la boda se hará al momento.

Bibiana. Tal precipitacion! Julia!

Deogracias. Si señor; esta es una buena ocasion de colocarla; y sabe Dios, si la dejamos escapar, cómo nos veremos luego para encontrar otra igual.

ESCENA II.

DOÑA BIBIANA. DON DEOGRACIAS. JULIA.

Julia. Mamá, me llamaba usted?

Deogracias. Ven aquí, hija mia. Vas á responder con toda libertad, sin ceñírte á nuestro gusto... á declararnos francamente el tuyo.

Bibiana. Se trata de un asunto muy serio para tí; tu padre quiere casarte.

Julia. (Casarme! Dios mio! ahora...)

Bibiana. Levanta la cabeza; mírame sin cortedad, quieres casarte? (La hace señas con la cabeza que diga que no.)

La verdad...

Julia. Mamá... casarme... ahora soy tan jóven...

Deogracias. Eres jóven; pero hija...

Bibiana. Eso no es lo pactado; ya ves que yo no la obligo á responder; así déjala tú tambien en plena libertad. Vaya, hija mía, di, y si tratasen de casarte con un rico tapicero de Barcelona, de mas de cien mil reales de renta...?

Julia. (Ah! no tiene trazas mi querido de tapicero.)

Bibiana. Vaya, responde. (*Vuelve á hacerla señas.*)

Julia. Mamá, si usted se empeñase... quién sabe... me resignaria obediente...

Deogracias. No señor, la verdad; nada de resignacion, ni de obediencia, ni de calabaza... sí, ó no.

Julia. Papá... en verdad, no me siento inclinada...

Deogracias. No?

Bibiana. Cómo, hija, no te gustaria estar todo el dia en un hermoso almacén de tapices midiendo, y cobrando, y...?

Julia. No, mamá.

Bibiana. Ya lo oyes tú mismo; ahora ella sola habla.

Deogracias. Estoy confundido.

Bibiana. Y en caso de casarte, querrias mejor un elegante que no tuviese nada que hacer en todo el dia, que fuese noble y no ganase la comida, que llevase todos los dias á su muger á Vista-Alegre y á la ópera, que te pasease por el Prado en tilburí ó en landó, que te regalase sortijas, schales, gorros, plumas, pieles y cadenas, y en fin, que no mirase nunca la cuenta de la modista, que té dejase el maestro de piano, y dar conciertos, como, por ejemplo, el conde del Verde Sauco, que se fue á Paris, y de que tanto nos han hablado, di, querrias... (*La hace seña.*)

Julia. Sí, mamá.

Deogracias. Si, mamá; (*Remedándola.*) pues usted, señorita, tomará el marido...

Bibiana. Vuelves á infringir nuestros tratados... á pesar de lo convenido te alteras...

Deogracias. No, muger, no me altero... pero á lo menos, que oiga el que yo la propongo, que le conozca y le trate, y despues... mira, Bernardo á la hora esta debe haber llegado ya de Barcelona; habrá consagrado los primeros instantes á sus parientes; pero de un momento á otro le tendremos aqui, y es preciso recibirle como á quien viene á ser mi yerno: le conoceréis, y despues...

Bibiana. Bastante conocido le tenemos ya por tanto como nos has dicho de él; y es bien doloroso haber de dar mi

hija á un hombre de su laya; para eso la tomé yo el maestro de baile y de dibujo, y de francés, y de italiano; para eso la he estado yo pagando cuatro años seguidos el maestro de piano; hija mia de mis entrañas, de qué te sirve haber trabajado tanto, tantos afanes, cuando nunca podías dar con la escala, para aprender el due del Crociato, y el de la Semiramis, y el ária de la Donna, y todito el papel de la Césari en el Osmir... todo, todo va á perecer en la humillacion del mostrador.

Deogracias. La humillacion del mostrador. Bibiana! Bibiana!

Bibiana. Vuelta con Bibiana. Dios mio! qué vergüenza! si lo oyen...

Deogracias. Pero en el almacen hay gente; vamos, á despachar, que aquel muchacho es tan torpe... y tal vez será el sastre Borderó, que tiene que venir por una pieza de *muaré*, y el terciopelo *gris perle*.

Bibiana. Si, iré... pero aliende á lo que te digo; tú podrás casar á tu hija con Bernardo, podrás sacrificarla; pero en cuanto á mí te equivocas. Hoy es el último día que despacho en el almacen: mañana se cerrará, ó tomarás el partido que gustes: no quiero, no quiero mas mostrador. Vamos, hija.

ESCENA III.

DON DEOGRACIAS.

Id benditas de Dios! Hay cosa mas árdua para un marido que hacer entender la razon á su muger? Y que me casára yo! Y qué remedio, si el tal desatino no hace mas que la bagatela de veinte y cuatro años que le hice? todos los días es lo mismo... y no hay mas, que se desbaratará mi proyecto de boda como cuantos he hecho desde aquella fecha; pero hola! quién viene?

IV
ESCENA VI.

DON DEOGRACIAS. BERNARDO, que entra por la puerta de la izquierda vestido sencillamente.

Bernardo. Tengo el gusto de hablar á don Deogracias de la Plantilla?

Deogracias. Servidor de usted; qué tiene usted que mandarme?

Bernardo. Ya creo que estará usted informado de mi llegada; vengo de Barcelona, y debe usted de haber recibido carta de mi padre, anunciándole...

Deogracias. Calle! no diga usted mas; pues no he de haber recibido? ya hace dos correos. Bernardo! déme usted los brazos, amigo, aunque no tengo el gusto de conocerle; sin embargo, la memoria de su padre me es muy grata; y al fin el objeto de su viaje me autoriza á darle esta demostracion de mi cariño.

Bernardo. Señor don Deogracias.

Deogracias. Pero hombre, calle! qué guapo es usted! y qué buena cara, y qué... vamos, vamos, que mi hija... sí, efectivamente... vuélvase usted... muy bien; pues señor, muy bien, y qué alto... Y qué tal, qué tal camino ha traído usted?

Bernardo. Muy bueno: he venido con dos religiosos de excelente humor, un andaluz que mentía por los codos, y un buen señor que viene á tomar las aguas del Molar: ello siempre se estaba quejando, pero...

Deogracias. Vaya, me alegro; y contratiempo ninguno, ni ladrones...

Bernardo. Ladrones... buenos miedos hemos pasado, y ahí en la venta... ya se ve, también da miedo ver algunas caras... en una palabra, ladrones ha habido; pero á Dios gracias no nos han robado nada.

Deogracias. Vaya, me alegro; y cuándo ha llegado usted? querrá usted almorzar?

Bernardo. No señor, nada; para mí ya es tarde: no he llegado hoy...

Deogracias. Ya... y su padre de usted? dígame usted, dígame usted, cómo queda?

Bernardo. Tal cualillo está ahora; y si no fuera por unos

dolores reumáticos que le pasean todo el cuerpo, y la gota maldita, y aquel ojo tan rebelde...

Deogracias. Yo lo creo; pero si se fia de aquellos cirujanos; yo se lo decia: «Mira, Benedicto, que esos hombres te van á matar, no los creas;» pero él nada; erre que erre, y que se ha de curar, y que se ha de poner bueno... ya se ve... no deja de tener razon... pero es lo que yo digo, en llegando un hombre á los sesenta años, qué cirujanos, ni qué botica, ni qué...

Bernardo. Tiene usted razon.

Deogracias. Oh si la tengo; tiene sesenta años; y no ve usted que ese es un mal que le va empeorando todos los días, y le irá comiendo, comiendo... hasta que dé con él en tierra: siéntese usted; (*Cierra la puerta que da al almacén.*) deje usted ese sombrero, que si ha de ser usted mi yerno es preciso que dejemos cumplimientos.

Bernardo. Como usted guste; tampoco yo soy amigo de monadas, aunque por desgracia tengo á veces tambien que hacerlas, porque hay que vivir con todo el mundo. Por esta misma razon no he venido antes aqui, porque queria venir á mi satisfaccion, y he tratado de desocuparme antes de visitas. Ya conoce usted á mi tío el canónigo que está aqui, y no hay fuerzas humanas que le hagan ir á su catedral:::

Deogracias. Ya sé, ya.

Bernardo. Pues, como vine á parar á su casa; y me quiere tanto, fue preciso presentarme en varias casas donde habia hablado muy bien de mí; pero casas de etiqueta, donde juega él sus ecartés con los señores mayores y los maridos, mientras que los jóvenes bailamos, ó nos estamos en pie con el sombrero en la mano; para esto se empeñó en que se me hiciese en cuanto llegué un equipage completo de elegante, dos fraques, una levita; un *surtú*... qué sé yo... me llevó á todas partes.

Deogracias. Holá de modo que le ha relacionado á usted.

Bernardo. Sí señor: el primer día estaba atado, no podia moverme; pero como me veian tan bien vestido, no se puede usted figurar las amistades que he hecho; y como tampoco me ha faltado dinero para el café, y otras frioleras... pero qué, si cuando me compongo, yo no he visto cosa mas ridicula; la primera vez que me vi al espejo no me conocí; unas caderas, un talle... en fin, un conjunto tan incómodo, que ya tenia ganas de venir aqui para quitármelo.

Deogracias. Pues ha hecho usted muy mal : usted sabe lo que ha hecho?

Bernardo. Cómo! pues no acaba usted de decir...?

Deogracias. Si señor , y me explicaré. Soy el mas desgraciado de todos los maridos. Ha de saber usted que mi mujer está loca , pero de una locura bastante admitida en la sociedad ; se le ha puesto en la cabeza brillar , hacer la marquesa ; ahora mismo acabo de tener una contienda con ella acerca de esta boda : ella me echa á perder á mi hija ; pero qué mas , si á mí mismo , aqui donde usted me vé , con mis años y mi juicio , me hace jugar y bailar , y ir con ella aqui y allí... y desengañese usted , siempre que usted se presente como está ahora , esté usted seguro de llevar calabazas.

Bernardo. Qué dice usted ? Pero es el caso que si tiene esa mania , no querrá casar á su hija con un comerciante ; y ya ve usted que aunque yo me vista de capitán general , nunca seré mas que Bernardo.

Deogracias. Si señor , es verdad ; pero no importa , quién sabe si la primera impresion... en fin , es preciso que se vaya usted á vestir , que venga usted haciendo muchos gestos , muchos ascos , muchas contorsiones ; que hable usted algo de francés , algo de italiano , español poco y mal , y siempre sin fundamento , que baile , que saque un reloj de salto de Breguet , que hable mucho de la ópera y de París ; y si puede ser de Londres ; que tenga deudas , que... ya me entiende usted.

Bernardo. Demasiado , y felizmente no me será dificultoso , como dure poco esta farsa.

Deogracias. Tiene usted lente y anteojos?

Bernardo. No señor.

Deogracias. Pues cómprelo usted ; vamos , pronto.

Bernardo. Pero señor , para qué ? si no los necesito , yo veo claro.

Deogracias. No importa . Y látigo y espolines?

Bernardo. No señor , pero tampoco tengo caballo.

Deogracias. No importa ; por lo que pueda suceder.

Bernardo. Pero señor...

Deogracias. Cómprelo usted.

Bernardo. Pero señor , á mí me parece... cuánto mas fácil sería que usted , como amo de su casa , manifestase desde luego su voluntad , su decision...?

Deogracias. Se conoce que no está usted casado; en primer lugar yo no me atrevo con mi muger; y luego qué adelantaría usted con que mi muger me arañase? Por la fuerza, la chica, que piensa casi como ella; le cobraría á usted odio, y sería peor. Cuánto mejor es hacerse querer, y luego veremos; sabe Dios si podremos hacer carrera de ellas, y corregirlas; déjeme usted á mí, déjese usted llevar.... pero voy á ver.... oigo gente, no vengan, y....
(*Registra y cierra las puertas*).

Bernardo. (Y mi amable desconocida... Yo he retardado todo lo que he podido venir aquí; pero ella tampoco me conocó á mí; resolución, y dejémoslo. Esta boda es la que me dicta mi interés, la que agrada á mi padre...)

Deogracias. Qué hace usted pensativo?

Bernardo. Nada.

Deogracias. Pues aprovechemos tiempo; nadie le ha visto á usted; vuele usted á componerse, y vuelva dentro de una hora; déjese usted llevar.

Bernardo. Corriente, vengo en ello gustoso: hasta despues.

ESCENA V.

DON DEOGRACIAS. (*Volviendo á abrir las puertas.*)

Ello es arriesgado... y yo, que nunca las he visto mas godas, á la cabeza de una intriga, y una intriga para casar á mi hija, sabe Dios como saldré de-ella; tanto mas cuanto que no suelen ser los padres los que se encargan de este ramo de la casa; luego esto me ahorra una riña con mi muger; no es un ahorro despreciable; pero ella viene; lo mejor es dejarla el campo.

ESCENA VI.

DOÑA BIBIANA. JULIA.

Bibiana. Gracias á Dios que nos dejan un momento en paz.

Julia!

Julia. Mamá...

Bibiana. Dime, y aquel elegante que estuvo hablando al-oído toda la noche en la calle de Valverde parecía que se inclinaba... no has vuelto á saber? debía ser un caballero,

y tú tal vez tan torpe que no harías lo posible por manifestarle...

Julia. (Ah! no sabe bien lo que haría por él!)

Bibiana. Responde; no supiste quien era? no te ha vuelto á seguir?

Julia. No he podido saber quien es; pregunté á varias amigas, pero dijeron que le habian presentado aquella noche, que solo sabian que acababa de llegar de fuera; y yo lo creo.

Bibiana. El iria por casualidad, no era casa de bastante tono para él; lo que siento es que nos haya visto alli, y no en casa de la marquesa.

Julia. El domingo cuando fuimos á misa estaba junto al Buen-Suceso; yo le ví de reojo; en cuanto nos atisvó si viera usted que apretarse por entre la gente, para estar á nuestro lado; al subir los escalones me tomó la mano...

Bibiana. Y te la apretó?

Julia. Sí señora; pero yo hice como que me recataba de usted, y que no me gustaba, y la quité... A pesar de eso toda la misa estuvo mirando; yo, haciendo como que no le veia, y todo era darle á usted con el pie, y usted pensando que la pisaba, hasta que tuve que dejarlo. Despues nos siguió, y sin duda al volver la calle hubo de perdernos de vista, porque yo no le volví á ver; y no debe saber nuestra casa.

Bibiana. Ya se ve, tú tampoco procurarias decírsela.

Julia. Yo! como quiere usted que le dijese...

Bibiana. Si señora, hay modos de decir las cosas; por ejemplo, se dice: aestoy tan cansada; hemos estado en el Prado, y como está tan lejos de casa... ya se ve, lo último de la calle Mayor, y precisamente el número tantos, que cae tan allá... entiendes?

Julia. Sí señora.

Bibiana. Pues ya lo sabes para otra vez; y ya puedes sacar el vestido de cotepali, y ese canesú que te acabas de hacer: esta noche hemos de volver... quién sabe si estará alli. Y en esta circunstancia te habías de casar con Bernardo? No será, ó habrá en casa lo que tu padre no quiere oír.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON DEOGRACIAS. (*Escribiendo habla en los intermedios.*)

El conde del Verde Sauco pedirme mi hija para casarse... vaya... es singular; no hace nada que estaba en Paris... pero yo tengo oído hablar de él: ahí está sin ir mas lejos, Pascasio mi jardinero que fue criado suyo: es un calavera, está arruinado. Qué boda tan mala seria! No, no, de ningún modo; estos enlaces desiguales solo acarrear la desgracia de los que los contraen; el marido le echa en cara á la muger que es una plebeya.... nunca, nunca; y para que querrá que nos veamos? No conviene, me escusaré con un pretexto; le diré que voy de caza hoy mismo. Hola! muchacho!

ESCENA II.

DON DEOGRACIAS. UN JOCQUEY.

Deogracias. Diga usted, es cosa de llevar la respuesta?

Jockey. Como usted guste; pero la verdad, entiendo que mi amo debe marchar esta mañana; ahora mismo voy yo á buscarle con el tilburí para dejarle en un coche francés; va por ocho ó diez dias á una casa de campo que tiene junto á Buitrago.

Deogracias. (Qué plan me ocurre tan soberbio; un poco atrevido, eso sí.)—Dice usted que se va por ocho ó diez dias?

Jockey. Asi lo ha dicho.

Deogracias. (Bravo! mi muger y mi hija solo de oídas le conocen; estan entusiasmadas por él... dicho y hecho, en ocho dias hay tiempo para volver el juicio á una muñeca de diez y seis años.)

Jockey. Este hombre es cachazudo.

Deogracias. Con que dará usted esta respuesta al señor conde ahora mismo? (*Le da la carta.*)

Jockey. Sin duda.

Deogracias. Y despues le deja usted en su coche francés?

Jockey. Cierito.

Deogracias. Y despues... eh?

Jocquey. (Vaya un preguntar.)—Y despues, despues, como me quedó libre, no sé lo que haré.

Deogracias. No lo pregunto con falta de misterio; es preciso explicarme. Usted parece un esclente sugeto, callado, fiel.

Jocquey. Señor..., mi amo no tiene queja de mí.

Deogracias. Porque... tiene usted cara de serme útil hoy.

Jocquey. En cuanto no se oponga con el buen servicio del señor conde...

Deogracias. Nada de eso... y por último, yo soy agradecido. á duro por hora, todo el dia; tome usted para empezar.

Jocquey. A ese precio mande usted, y no quedará usted descontento del desempeño: qué es lo que hay que hacer?

Deogracias. Volver aqui en derechura con el tilburí en cuanto haya usted dejado á su amo; si en casa le echan á usted de menos...

Jocquey. Eso corre de mi cuenta: qué mas?

Deogracias. Pues señor, despues... pero calle usted, es mi muger, silencio.

ESCENA III.

DOÑA BIBIANA. DON DEOGRACIAS Y EL JOCQUEY. (*Hablado aparte bajo.*)

Bibiana. Jesus, Jesus que infierno de almacen, y parece que hoy han convocado á todos los pesados de Madrid para venir á comprar á casa; y el otro jorobado chiquituelo con una muger de que se pueden hacer tres como él: (*Remedando*) «á ver el tafetan español... este no... mas fuerte... el francés... tampoco, tiene mal negro... un poco mas cuerpo... á ver el gros de Nápoles.» Pues, revuelva usted todo el almacen, y luego los descamisados se van sin comprar nada. Es triste cosa estarse moliendo uno que tiene talegas en obsequio de un cualquiera, que despues de no tener una peseta, todavia tiene la petulancia de darse tono con entrar y salir en estas casas: «y á ver, saque usted, y esto no me gusta, y aquel es feo;» y por último, «quede usted con Dios;» y vuelva usted á doblarlo todo, y vaya, yo me quemó.

Jocquey. (*A don Deogracias.*) Muy bien, quedo enterado; Descuide usted, se hará exactamente.

ESCENA IV.

DON DEOGRACIAS. DOÑA BIBIANA.

Bibiana. Vamos, tú también estás pesado; es cosa de que no almorcemos hoy?

Deogracias. Muger (ánimo y empecemos la grande obra), estaba contestando, como era regular, al criado del señor conde del Verde Sauco.

Bibiana. El conde del Verde Sauco? ha vuelto ya de Paris? y contigo qué asuntos puede...?

Deogracias. Sí señor, ha vuelto; mira tú si ha vuelto, que él mismo en persona va á venir...

Bibiana. A casa?

Deogracias. A casa; hoy me escribe que atraído por la fama de nuestra Julia, la conoce, y la quiere...

Bibiana. Qué dices?

Deogracias. Mira tú si la querrá; me la pide en matrimonio. Eh? qué te parece?

Bibiana. Es posible? Dios mío! yo voy á perder el juicio; mi hija condesa del Verde Sauco? y querias casarla con ese tapicero? habla ahora, si te parece.

Deogracias. Pero quién habia de figurarse...?

Bibiana. Pues ahí verás; quién? yo... habla ahora por Bernardo.

Deogracias. En verdad, muger, (disimulemos) que en vista de estas cosas, casi me inclino á pensar como tú; en fin, yo le he respondido que puede venir.

Bibiana. Muy bien hecho; y qué le habias de responder? yo que tenia tantas ganas de conocerle... el primer elegante de Madrid, como quien dice. Julia, Julia, Francisco, Pascasio, hola, criados.

Deogracias. Ya prendió la yesca.

ESCENA V.

DON DEOGRACIAS. DOÑA BIBIANA. FRANCISCO.

Francisco. Señora, ya está listo el almuerzo desde las diez, y van á dar las doce...

Bibiana. Déjanos de almuerzo; quién ha de tener gana de almorzar?

Francisco. Señora... yo no sé... como usted dijo...

Bibiana. No tenemos otra cosa que hacer mas que almorzar, salvage; mire usted si hay tiempo de almorzar en todo el día; arregla esas sillas, límpialas.

Francisco. Si están limpias.

Bibiana. No importa, bruto, saca aquí los floreros. Mira, antes ven aquí; esperamos dentro de un instante una visita, un jóven muy elegante; al momento que vaya á entrar vienes tú delante de él; abres la mampara; le anuncias... como se hace en todas partes.

Francisco. Si señora; pero cómo he de decir?

Bibiana. No lo has oído ya? «El señor conde del Verde Saucó.»

Deogracias. (Bien hace en pensar en eso; yo no tenia ya tiempo de avisar á Bernardo; con eso se oirá anunciar, y sabrá quién es.)

Bibiana. Oyes, y para eso ponte la levita azul con el vivo encarnado.

Francisco. Está muy bien

Bibiana. Julia! esta chica... el caso es que yo ya no tendré tiempo de mudarme este vestido.

Deogracias. No importa, muger: como tú dices, estás en un agradable negligé. (*Francisco se va despues de haber limpiado las sillas y sacado los floreros.*)

ESCENA VI.

DOÑA BIBIANA. JULIA.

Bibiana. Despáchate, hija mia; el conde del Verde Saucó, el que teníamos tanta gana de conocer, que gasta tanto dinero, que juega, que ha tenido tantos desafios, va á venir dentro de muy poco á verte.

Julia. Mamá, á mi?

Bibiana. Acaba de escribir á tu padre pidiendo tu mano; ya ves, hija mia, no te alegras? por último, he hecho mudar de opinion á tu padre, y conviene conmigo en que esta boda es mejor que la otra. Vamos, qué dices?

Julia. (Dios mió!) — Si, mamá, me alegro; me voy á mudar.

ESCENA VII.

DOÑA BIBIANA. DON DEOGRACIAS. JULIA. FRANCISCO *anunciando*, y BERNARDO *elegantemente vestido*.

Francisco. El señor conde del Verde Sauco.

Deogracias. (*Se adelanta y le coge las manos, procurando unas veces no dejarle hablar, y otras instruirle por lo bajo.*) Señor conde del Verde Sauco!

Bernardo. (¿Qué es esto? yo conde?)

Deogracias. Señor conde! (*Bajo.*) Déjese usted llevar, si, conde, conde. (*Alto.*) Usted haciéndome tanto honor... ciertamente que me considero muy feliz recibiendo en mi casa al primer elegante de Madrid... (*Bajo.*) Diga usted algo.

Bibiana. Señor conde...

Bernardo. Señora, yo no soy...

Deogracias. (*Bajo.*) Sí, elegante, muchas contorsiones.— Sí señor: á ver, una silla al señor conde. Tengo el honor de presentaros al señor conde del Verde Sauco, de quien acabamos de recibir esa carta pidiéndonos nuestra hija en matrimonio. (*Bajo.*) Hombre, calle usted, y siga usted adelante.

Bibiana. Señor conde...

Bernardo. Pero señora, si... yo no soy... (Esta ficción me vucla.)

Deogracias. (*Bajo.*) Sí es.

Bernardo. (Bueno.)— Señora, yo no soy... el menos honrado en estas circunstancias.

Bibiana. Agradezco mucho en verdad tantas atenciones como debemos al señor conde, y creo que mi hija...—

Julia, vamos — participará de mis sentimientos...

Bernardo. Señora... (*Julia levanta la cabeza, y se ven los dos.*)

Julia. (Dios mío! él es!)

Bernardo. (Cielos! mi desconocida: qué fortuna!)

Bibiana. Vamos, hija, qué tienes?

Julia. Nada, mamá.

Bibiana. Saluda al señor conde.

Bernardo. Esta señorita me dispensará de haberme tomado la libertad de introducirme tan pronto, y sin contar primero con su beneplácito.

- Julia.** Ah! Ciertamente que está usted perdonado.
- Bibiana.** Pero el señor es, si no me engaño, el mismo que la otra noche en la calle de Valverde... (*Aparte á Julia.*) el que te ha seguido.
- Julia.** (*Aparte á doña Bibiana.*) Si, mamá.—Sí... yo conozco al señor conde.
- Bernardo.** Efectivamente, señora, no es esta la primera vez que nos vemos; ni cómo hubiera yo podido de otra manera prendarme de esta señorita, y...
- Bibiana.** Sí, noches pasadas; en aquel bailecillo... estaría usted de incógnito allí... el viernes.
- Bernardo.** Sí, el viernes; en la calle de Valverde, cuarto segundo, un baile de poco mas ó menos: yo no habia ido nunca; pero acababa de llegar; no sabia en qué pasar la noche; un amigo se empeñó en llevarme, y ciertamente no estoy arrepentido, pues tuve ocasion de conocer á ustedes. Pero qué baile... tampoco habia mas que dos hermosas con quien se pudiese hablar; así fue que no me separé de ellas en toda la noche.
- Julia.** (*Bajo á su madre, mientras que Bernardo y don Deogracias hablan entre sí.*) Ah! mamá, qué guapo, qué fino es!
- Bibiana.** Ah! á estos que lo son desde la cuna, cómo se les conoce á legua; no se pueden equivocar.
- Deogracias.** (*A Bernardo.*) Por Dios que es casualidad; con que usted las vió, sin saber quiénes eran.
- Bernardo.** Esto es. (*Se dirige á hablar á doña Bibiana.*)
- Deogracias.** (*Vea usted.*)
- Bibiana.** Pues aqui tambien fue casual el ir; pero mi Deogracias habia debido favores en otro tiempo al marido de la hermana mayor, la loquilla aquella que estuvo toda la noche bailando con el guardia de Corps, y chichisbean-do, y...
- Bernardo.** Sí.
- Bibiana.** Y por eso fuimos; pero qué noche pasó...
- Deogracias.** Espero, señor conde, que usted querrá acompañarnos á almorzar.
- Bernardo.** No han almorzado ustedes todavía? Oh! eso es del gran tono; enteramente como yo.
- Bibiana.** Almorzamos tarde, muy tarde.
- Deogracias.** Oh! el señor conde almorzará por la tarde, como quien dice...

Bernardo. Si señor, no me gusta levantarme por la mañana; almuerzo mi *bistek* ó mi *roksbif* á la inglesa; cómo por la noche á la francesa...

Bibiana. No comerá usted cocido nunca?

Bernardo. Señora, cocido... jamás; y ceno....

Deogracias. Por la mañana, eh?

Bernardo. Si señor.

Bibiana. Cómo me gusta ese arreglo!

Deogracias. Con que almorzará usted con nosotros?

Bernardo. Con muchísimo placer.

Bibiana. (A don *Deogracias.*) Qué haces? mira que no tenemos quien sirva.

Deogracias. Y qué importa? el señor conde traerá sus criados.

Bernardo. Mis criados... efectivamente, los tengo... (Este hombre...)

Deogracias. Francisco, el almuerzo; y el jockey del señor conde que entre.

Bernardo. Jockey!

ESCENA VIII.

DOÑA BIBIANA. DON DEOGRACIAS. JULIA. BERNARDO.
FRANCISCO, que sirve el almuerzo. EL JOCQUEY.

Jockey. (A *Bernardo.*) Vengo á saber las órdenes de V. S.

Bernardo. (Pues señor, está visto, hay que dejarse llevar.)

Deogracias. (Acercándosele, mientras que ellas se miran al espejo y componen el peinado.) *Bernardo*, por Dios, que es usted el conde del Verde Sauco hasta el último trance, ó no se casa usted con mi hija.

Jockey. Señor; lo que V. S. mande.

Bernardo. Me parece que te puedes ir; ó si no te puedes quedar.

Julia. (Asomándose al almacén.) Ay, qué bonito tilburí!

Jockey. Es el de mi amo el señor conde.

Julia. Ay qué bonito; mamá, mire usted!

Bernardo. (A don *Deogracias.*) También tilburí? cómo saldremos de esto?

Deogracias. A usted qué le importa?—Vamos, señor conde, siéntese usted.

Bernardo. Permítame usted... Señoras.—Vamos, (Buscan—

do para si un nombre.) Simon, Pedro.....—Mi Jocquey, Rodulfo, sirvenos.

Bibiana. El señor conde nos dará noticias de París.

Bernardo. (Esta es otra.)

Bibiana. Cómo deja usted París?

Bernardo. No hay novedad particular; ya ve usted, París...

Bibiana. Oh! yo lo creo: qué ópera nueva se echaba cuando usted vino?

Bernardo. Precisamente, cuando yo vine... oh! muy bonita.

Bibiana. Cómo se titula?

Bernardo. La.... la.... la, la, la, qué fatalidad.....! no acordarme yo ahora; y todo el día la estoy tarareando. (Por vida de....)—En fin, muy bonita.

Bibiana. Ya ve usted, París..... aquello será un gentío inmenso.....

Bernardo. Y aquí de ópera cómo estamos?

Bibiana. Digo que aquello será un gentío.

Bernardo. (Vuelta!)—Señora, es una confusión; no se puede dar un paso; en fin, es una liorna. Y aquí de ópera?

Bibiana. Diga usted, y qué vestidos llevan las señoras á los bailes?

Bernardo. (Por vida mia!)—Señora, yo no reparo; pero..... sin embargo, muy bonitos.

Bibiana. Yo lo creo: qué telas son las mas....?

Bernardo. Sí señora, de varias telas. (Estoy frito.)

Bibiana. (A *Julia.*) Hija mia, distraído, como todos estos señores.

Bernardo. (A *don Deogracias.*) Y la ópera aquí...?

Deogracias. Buena, muy buena; pero desentonan los coros.

Bibiana. Eso no sucederá en París; no es verdad, señor conde?

Bernardo. Qué, no señora; ya ve usted....

Bibiana. Ya me hago cargo, allí.... sino que aquí en España, como somos así.... tan....

Julia. Al señor conde le gustará mucho hablar de París.... como es tan bueno....

Bernardo. Sí señora, mucho.—Con que aquí la ópera....

Deogracias. Usted no faltará nunca?

Bernardo. No, porque me guardan mi billete; ello cuesta mas; pero es preciso desengañarse; es imposible concluir con los revendedores. Y usted, señor don Deogracias, no es apasionado de la ópera?

Bibiana. (Verá usted como dice alguna brutalidad.) (*Le pellizca.*)

Deográcias. Sí señor, mucho; pero de música...—muger que me átenaceas—yo no entiendo una nota; y me gusta mas ir al Pelayo de Quintana ó al Viejo y la Niña de Moratin, que á la ópera.

Bibiana. No lo dije? No haga usted caso, señor conde; mi marido no está en el tono; es un español muy español, y nada mas. (*A don Deográcias.*) Bruto! tú me has de avergonzar por todas partes.

Deográcias. Pero muger... En fin, te gusta el conde?

Bibiana. Qué fino! cómo se conoce que viene de Paris! qué maneras! á no ser quien es.

ESCENA IX.

DICHOS. EL SASTRE BORDERÓ.

Borderó. Felices, señor don Deográcias. Hola, estan ustedes comiendo ya? irán ustedes á los toros? abur, doña Bibiana. (*La da en el hombro.*)

Bibiana. Caballero, qué franqueza! tenga usted la bondad de reportarse; para la primera vez que me ve usted no deja de tener desembarazo; si busca usted á mi marido... vamos, hombre, despacha al señor.

Borderó. La primera vez que la veo.... ah! ah! ah! señora, perdone usted; yo pensé que el sastre Borderó, como antiguo parroquiano...

Bibiana. Deográcias, qué impertinencial Usted, señor conde, escusará....

Bernardo. Señora!

Borderó. Señor conde! hola, esta casa va subiendo como la espuma.

Deográcias. (*Le lleva al lado opuesto.*) No haga usted caso de mi muger.

Borderó. No, no vale la pena. Vengo por el terciopelo gris-perle, y es preciso...

Deográcias. Hombre, si pudiera usted volver, porque.... la verdad, estamos en este momento haciendo los honores al señor conde del Verde Sauco, que almuerza con nosotros.

Borderó. El conde del Verde Sauco: ha venido ya? quién es, aquel?

Deogracias. Sí señor; pero hombre, no mire usted con ese descaro: con que vuélvase usted á otra hora.

Borderó. Qué casualidad! precisamente le ando buscando por todas partes, porque desde que se fue á París me dejó una pella de cuatro mil reales por un *surtú*, un *habit de chasse* y un *corsé*...

Deogracias. Hombre, en mi casa... estamos frescos! (Esto es lo que yo no habia calculado.)

Borderó. Quite usted, verá usted.—Señor conde, señor conde del Verde Sauco.

Bernardo. (Diantrel apenas he tomado posesion del título, y ya todo el mundo me conoce.)—Qué quiere usted?

Bibiana. Qué insolencial!

Borderó. V. S. es el señor conde del Verde Sauco....?

Bernardo. Sin duda, vamos, acabe usted.

Borderó. Señor, soy el sastre Borderó, me he presentado varias veces en la fonda donde está V. S.

Bernardo. (En la fonda. Esto es cosa del padre; bueno.)

Borderó. Y siempre me han despedido, ese mismo criado que trae V. S.; que V. S. no estaba visible, que tal, que....

Jocquey. Las órdenes del señor conde.

Bernardo. Bien, está bien; calla tú; y qué?

Borderó. Yo he respetado esas órdenes... pero al fin tengo aqui una letra aceptada por V. S. y endosada á mi favor, cuyo término ha espirado.

Deogracias. (Por san Telmo; lo hemos echado á perder.)—Señor Borderó, el señor conde está en mi casa ahora y....

Bernardo. (Cómo disimulan!)—Corriente... esa letra... veamos: (*La ve, y dice aparte.*) este es golpe del padre; de gentes elegantes es tener acreedores, y él me ha encontrado uno en un momento.—Bien, cierto; pero qué tengo yo que ver con esto? Es verdad que yo he contraido la deuda, pero qué! quiere usted que yo tambien la pague? Lo he de hacer yo todo? Véase usted con mi contador; los hombres de mi clase no acostumbramos á pagar las deudas nosotros mismos; ¿ cree usted que soy un cualquiera?

Borderó. Ya sé que va mucha diferencia; pero está sentada

en el consulado, y me sería muy sensible que por un asunto de esta clase se viese V. S. detenido...

Deogracias. (Malo, todo se va á descubrir.)

Borderó. Y preso en el consulado...

Bibiana y Julia. Preso!

Bernardo. Señoras, este hombre está loco; á mí? no es posible; y á que sube, una talega, ó dos?

Borderó. Nada de eso... la bagatela de cuatro mil reales.

Bernardo. Y para eso me viene usted á romper la cabeza? habrá insolencia!

Borderó. Señor, es verdad; pero V. S. lo debe...

Bernardo. Demasiado honor le hago á usted en acordarme de él para que me sirva, y para deberle, y para... en fin, eso es una futesa; ahí está el señor don Deogracias, tengo cuenta abierta con él; él se lo dará á usted.—Señoras, sigamos.

Deogracias. Cómo, cuatro mil reales yo?

Bibiana. Sí, hombre qué puedes rehusar al señor conde? y qué entiendes tú de eso, y de los estilos de etiqueta... dalo.....

Bernardo. Efectivamente, es tan poca cosa, que yo, en igual caso por usted....

Deogracias. Sí, pero usted cree que esto es chanza, y en este momento estoy en una situación tan crítica... (También renunciar á una intriga que se presenta tan bien... tal vez se logre cobrarlo del conde verdadero... en fin...)
—Señor Borderó, venga usted conmigo.

Borderó. Mire usted que ya qué estoy aquí, me es indispensable llevar el *muaré*...

Deogracias. Mi aruger se lo dará á usted.—(A Bernardo.)
Voy á dejarle á usted solo con ella, haré llamar á mi muger.

Bernardo. Corriente, y siéntelo usted en el libro.

ESCENA X.

DOÑA BIBIANA. JULIA. BERNARDO. EL JOCQUEY.

Bernardo. Estos tunantes piensan que no tiene uno otra cosa que hacer sino atender á sus impertinencias.

Bibiana. Señor conde, qué quiere usted, no tienen principios, ni educacion... un sastre... como usted ha dicho

muy bien, les hacen ustedes mucho honor en mirarlos, y mucho mas en que puedan decirse sus acreedores.

Bernardo. Quién lo duda! sino que es una canalla desconocida, y...

ESCENA XI.

DICHOS. FRANCISCO.

Francisco. Señora, mi amo la llama á usted por un momento.

Bibiana. Jesus, qué hombre! he de dejar al señor conde?

Bernardo. Señora, sé lo que es el comercio; por mí no deje usted de hacer lo que se le ofrezca, sería ofenderme.

Julia. (Me dejan sola con él.)

Bernardo. (Ha llegado el momento, y no se puede despreciar esta ocasion.)—Rodulfo, á cuidar del tilburí.

ESCENA XII.

JULIA. BERNARDO.

Bernardo. (Cogiéndola las manos, y adelantándose sobre la escena.) Julia, qué ocasion tan feliz, y qué dicha la mia de poder ofrecer á usted mi amor: está usted triste? ciertamente; qué tiene usted, Julita? le desagrada á usted este paso?—(Qué trabajo me cuesta fingir con ella tambien; ah! se paga del rango.)—No me quiere usted contestar?

Julia. Señor conde, usted nos hace tanto favor, que no puedo menos de estarle agradecida, de quererle bien...

Bernardo. Favor, agradecimiento... es decir que no me ama usted; si usted me amará... los amantes nunca se hacen favor en amarse; la clase es para ellos despreciable.

Julia. Y usted cree que para mí no lo es? diga usted, cuando usted me seguía sabia yo que era usted conde, y mis ojos no le decian bastante claro que no me era indiferente?

Bernardo. Qué oigo! es decir que aunque yo no fuera el conde del Verde Sauco me amaria usted.



Julia. Señor conde, he dicho demasiado para lo que es permitido á una muger; pero ya que antes de hablarnos le habia dado usted algunas muestras de inclinacion, debo hablar. Si usted no me hubiera dado una prueba como está de amor, creeria, como todos, que tengo las mismas ideas de mi madre, que no aprecio sino el oro; pero ah! no sabe usted la pena que he sentido cuando mi madre me dijo que el conde del Verde Sauco me pedia; se me cayó el alma á los pies, disimulé; pero acordándome de mi desconocido, y bien determinada á hacer al conde el objeto de mi desprecio, maldije su clase, el afan de mi madre... y solo cuando reconocí en usted al mismo que ya mi corazón estimaba en secreto, fue cuando volví á gozar de la tranquilidad que creí haber huido de mí para siempre.

Bernardo. Julia, será cierto?—(Y he de hacer el trámposo, el loco á los ojos de esta muger? No.)—Julia, sepa usted...

Julia. Ay! alce usted: por Dios! Papá viene.

Bernardo. Julia, si usted me quiere...

Julia. Sí, sí, cuente usted con mi amor, pero alce usted.

Bernardo. (Padre maldito, por qué tan pronto? hubicra sabido quién soy, que no tengo acreedores...)

ESCENA XIII.

JULIA. BERNARDO. DON DEOGRACIAS.

Deogracias. Señor conde, está usted servido, y aquí tiene usted el recibo.

Bernardo. Guárdemelo usted; ya nos entenderemos.

Julia. Papá, ustedes van á hablar de asuntos, me iré con mamá.

Bernardo. Julita, usted nunca es un obstáculo...

Julia. No importa; hasta despues, señor conde.

Bernardo. Agur, preciosa Julia.

Deogracias. Bien, anda, ahora vamos allá. (Con eso le diré lo de la letra; piensa que es juego, y yo estoy desesperado.)

ESCENA XIV.

DON DEOGRACIAS. BERNARDO.

Deogracias. Amigo Bernardo, esto...

Bernardo. Esto va divinamente; déme usted los brazos y la enhorabuena, amigo: no he perdido el tiempo; pero qué bien lo ha dispuesto usted todo, hasta fingir el acreedor, y la letra, y...

Deogracias. Poco á poco, Bernardo; le contaré á usted....

Bernardo. Sí, si ya entiendo; es usted un portento de habilidad.

Deogracias. Pero si no...

Bernardo. Es claro, si no, no se podría hacer bien; hubieran sospechado...

Deogracias. No señor...

Bernardo. No; así, cómo es posible que den en ello. Pues señor, usted será hábil; pero confiese usted que yo no le voy en zaga; me he declarado á la chica, y no solo he visto que me quiere, sino que la he fondeado, me he cerciorado de que no piensa como su madre, que no me quiere por ser conde; aunque no lo fuera me querria: ella misma me lo ha dicho, ahora, aquí, cuando usted vino... y aquel aire de candor... no, no me engaña; y usted ha sido un torpe en venir tan pronto...

Deogracias. Cómo, un torpe todavía, despues de soltar cuatro mil rs.:

Bernardo. Déjese usted de bromas; sí señor; ni yo puedo ya fingir mas; su hija de usted es preciosa, y si ella no se deja llevar del oropel, es preciso que todo se descubra, y ahora mismo voy, porque soy feliz...

Deogracias. (*Le detiene.*) Hombre, venga usted acá; este hombre no me deja hablar, y todo lo va á echar á perder. La chica será todo lo que usted quiera, y le querrá á usted sin ser conde; pero la madre no: hombre, mire usted lo que hace, por las once mil vírgenes y todos los innumerables mártires de Zaragoza.

Bernardo. No importa, la chica será mía.

Deogracias. Hombre, yo me voy á quedar sin cuatro mil reales y sin novio; venga usted acá, loco de atar, que todo se concluyó, si...

Bernardo. Pero queriendo usted y la chica...

Deogracias. Aunque quieran todas las chicas del barrio, si mi muger no quiere, usted y yo y la chica y todo el barrio saldremos arañados, y locos, y perdidos, y sin boda, y sin dinero, y sin ojos en la cara. Sosiéguese usted, siga su papel; que mi plan no está acabado; venga usted conmigo, aquí pueden volver y oírnos; en mi cuarto le acabaré á usted de explicar cómo se ha proporcionado este disfraz, y lo que hay, y lo que ha sucedido, y en fin, vamos, vamos á mi cuarto.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DEOGRACIAS. *Después* PASCASIO.

Deogracias. Es preciso, si, mi muger es el diablo. Pascasio, Pascasio... este muchacho pudiera descubrirlo todo.

Pascasio. Señor.

Deogracias. Mira, tú has sido criado del conde del Verde Sauco, eh?

Pascasio. Si señor, ya sabe usted que de su casa vine aquí, que la dejé porque nunca veía un cuarto de mis salarios, porque todo el día me traía hecho un zascandil: á casa del sastre; del acreedor á llevar esperanzas; del empeñador, del prestamista porque tenía su señoría un compromiso, y era preciso salir de él á toda costa.

Deogracias. Bueno, bueno, ya me lo has dicho.

Pascasio. Pero sin embargo, le quiero, como á todos mis amos; eso es otra cosa, y en cuanto pudiera servirle que no fuera...

Deogracias. Bueno, bueno; mira, Pascasio, tu eres hombre callado.

Pascasio. Señor, desde que soy su jardinero de usted no creo...

Deogracias. No, no me has dado ningun motivo de sentir, estoy contento; pero ven á mi cuarto; se trata de que ya que conoces al conde no descubras un proyecto que traigo entre manos.

Pascasio. Señor, ya sabe usted que yo...

Deogracias. Si, bien, te lo explicaré; ven á mi cuarto.

ESCENA II.

EL CONDE DEL VERDE SAUCO. SIMON. FRANCISCO.

Francisco. (Abriéndoles la mampara.) Aun tardarán, porque se estan peinando; pero pasen ustedes aquí.

Conde. Mejor estaremos aquí que en esa antesala maldita.

Simon. Pero señor, todo un conde del Verde Sauco andar en estos misterios y disfraces: será posible que el amor le tenga á V. S. tan turbado, que no conozca que se pone en el caso de hacer un papel ridiculo?

Conde. Ah! ah! ah! no lo entiendes.

Simon. Se rie V. S.? pues cierto que es cosa de risa.

Conde. No quieres que me ria, si no sabes de la misa la media? amor, dices. Cuándo me has visto tú enamorado, desde que eres mi ayuda de cámara? eso es muy plebeyo, muy antiguo.

Simon. Pues señor, entonces no alcanzo qué fin puede V. S. llevar en introducirse así en casa de unos simples comerciantes, aguardar á que no esté el amo, pasar recado á la señora, y guardar aquí una rigurosa antesala, que V. S. mismo no se la hace hacer á un...

Conde. Verdad es; mira, ya que tú me acompañas en esta intriga, y que sabes que mi marcha es supuesta, quiero confiarme á tí. Tú sabes cómo andan mis negocios?

Simon. Sí señor, lo sé.

Conde. Que no tengo mas esperanzas que las que me hace concebir mi tia, la que se está muriendo, pero que probablemente saldrá de este ataque como ha salido de otros diez, y vivirá todavía una porcion de años?

Simon. Si señor.

Conde. Que estoy lleno de deudas, que ya lo estaba antes de ir á Paris, que allá me he acabado de arruinar? Ya se ve, esa maldita Josefina me ha desollado; pero vamos á ver, qué remedio? un hombre de mi clase... es indispensable tener caballos, trenes, buena mesa, familia, palco en la ópera, vestirme por el mejor sastre, tener el mejor zapatero, vivir en un *Hôtel* carisimo... luego esas niñas no estan contentas si no se les regalan todos los dias, cuándo las pulseras de diamantes, cuándo el aderezo, cuándo un reloj, ni yo puedo hacer alto en eso; en una palabra, tú conoces las mugeres, y sabes como yo que para ser querido...

Simon. Sí señor, si señor.

Conde. Luego hay que ir á sociedades; estando en una sociedad es preciso jugar, y jugando es preciso perder, y perdiendo ya ves tú lo que se sigue: de suerte que yo, que ya necesitaba poco, tuve que volverme cuando mi conta-

dor , que hablando aqui para entre los dos es un solemne pícaro....

Simon. Sí señor.

Conde. Pero un pícaro que no puedo despedir , porque como no es moda tomar uno mismo sus cuentas , despues de robarme tiene la habilidad de probarme que todavía le debo dinero y favores ; pues señor , tuve que volverme cuando este tal me escribió que no habia mas fondos ; que la mayor parte de mis bienes estaban en hipoteca ; que de lo libre nada quedaba sino cuatro miserables majuelos que no dan al año vino para llenar una botella , y que los acreedores le agobiaban , y era preciso...

Simon. Ya , ya entiendo.

Conde. Luego esta maldita circunstancia de no poder uno hacer nada sin que todo el mundo lo sepa , ha hecho que la fama de mi ruina vaya siempre delante de mí á todas partes ; de modo que el único medio que me quedaba de evitar una quiebra vergonzosa , que era el de enlazarme con otra de mi clase que repusiese mi casa , no hay que pensar en él ; he reconocido mis asuntos , estoy cada vez mas abrumado ; con esto de no tener casa en Madrid , y estármela haciendo , tengo que estar en una fonda ; he visto que es preciso un medio extraordinario para salvar mi honor ; he tirado mis líneas por varias partes ; estos son unos comerciantes riquísimos ; la madre es loca por brillar , y lo puede todo con su hija , como todas las madres ; el padre es otra cosa ; pero esto qué importa ? al fin es su marido , y sobre poco mas ó menos ya sabemos lo que mandan algunos maridos en su casa...

Simon. Ya , ya ; y trataria V. S. de casarse...?

Conde. Y por qué no ? me parece que no soy el primero de mi clase...

Simon. Nada ; nada : V. S. lo hace , bien hecho está. Pero entonces , hay mas que presentarse cara á cara , porque estos que tienen dinero y son plebeyos darán todos sus caudales por un usía mas ó menos ; son unos tontos , y no habian de rehusar...

Conde. Ellas no ; pero ya te he dicho que el padre es otra cosa ; pensando yo como tú , con la esperanza de deslumbrarle , le escribí pidiéndole su hija...

Simon. Cáspita ! de buenas á primeras. Y qué respondió ?

Conde. Lo que yo no podia esperar ; que le es imposible ac-

ceder á mis deseos , por estar comprometido con un tal Bernardo , hijo de un amigo suyo don Benedicto Pujavante , de Barcelona , y que aunque no le conocen , la chica está enteramente á su favor , por la fama de sus buenas prendas , y que no podia verse conmigo porque iba de caza.

Simon. Y que haya V. S. sufrido ese bochorno! Y ahora qué quiere V. S. hacer con venir y entrar , si la chica tiene novio , si el padre no quiere...?

Conde. Hay que mudar de plan ; dime , te acuerdas tú de aquel hombre gordo que se quejaba tanto de su ojo y de su gota , que fue dos veces á verme en Barcelona , ahora á mi vuelta de Paris?

Simon. Si señor , sí , pues no me tengo de acordar.

Conde. Pues aquel es el tal don Benedicto , comerciante en tapices , con quien tenia yo asuntos de dinero , y le conozco á él y á toda su casa de toda la vida ; de su hijo Bernardo tambien tengo noticias ; es de mi cuerpo ; en Barcelona quedaba cuando hemos venido ; casualidad seria que viniese ahora mismo.

Simon. Calle! y seria posible...?

Conde. Y muy posible , ya me has entendido. Ya ves que don Deogracias no está en casa en tres dias lo menos ; está de caza , como él mismo dice. Vengo , pregunto por las señoras ; me presento , ya soy Bernardo ; no tengas miedo , no me perderé ; ya estan prevenidas en mi favor , particularmente la chica ; me tratan como novio ; esta franqueza algo ha de producir ; yo no soy despreciable , y me fio en mis fuerzas : todo es que yo coja dos cuartos de hora favorables , y vuelvo el seso á la chica ; no es mi primera conquista. Va á venir el padre , un momento antes me declaro á la madre ; es loca , y este es su flanco ; en viéndome conde , no digó nada , la zalagarda que se arma en la casa ; á esto se agrega que si la chica me quiere siendo Bernardo , por qué no me ha de adorar siendo conde ? Esto es cosa natural ; y el padre gruñirá , y dirá... pero cuando vea que todo está hecho qué ha de hacer ? ceder y soltar los millones del dote.

Simon. Sopla! el plan no es malo ; pero qué tiene que ver todo eso con haber esparcido la voz de la marcha , con ocultarse hasta de los criados ?

Conde. Si señor , los acreedores me rompen la cabeza ; en los ocho dias que hace que estoy de vuelta , apenas he ido

á parte alguna; se hubieran echado encima; y hasta ver el resultado de esta intriga me conviene estar oculto; si concluye bien, con el dote empezaré á hacer algunos pagos, y ya es otra cosa; si no buscaré otro medio; en el interin hasta el jockey, que me ha dejado en la posada de la calle angosta de San Bernardo, lo ha creído.

Simon. Buenó, buenó: así ya tiene otro ver; pero me parece que vienen...

Conde. Retírate; pues; déjanos solos.

ESCENA III.

EL CONDE. DOÑA BIBIANA. JULIA.

Bibiana. Pues tienes muy mal gusto: todo elegante debe tener deudas. Caballero, buenas tardes. (*Bajo.*) Julia, qué traza de hombre! qué figura tan ordinaria!

Conde. Señoras, á los pies de ustedes. (Qué gesto!)

Bibiana. (A las pies de ustedes; qué vulgaridad tan vieja!)
--Qué se le ofrece á usted?

Conde. (No sé cómo empezar.)—Señora, creo que usted debe ser doña Bibiana.

Bibiana. Doña Bibiana! de dónde viene usted ahora? yo no soy doña Bibiana, ni...

Conde. (Calle; si me habré equivocado de casa; me parece que no.)—Señora, no vive aquí don Deogracias de la Plantilla?

Bibiana. Sí señor; y qué?

Conde. Bien, y usted será su señora, doña Bibiana...

Bibiana. Vuelta con doña Bibiana: qué grosería! no le he dicho á usted ya que no me llamo Bibiana? me llamo Concha, y está usted muy atrasado...

Conde. (Malol maldita equivocacion; sin embargo.)—Concha, es verdad, señora, disimúleme usted: acabo de llegar, traigo varias cartas de recomendacion, y una muy interesante para una tal doña Bibiana, y traia este nombre en la cabeza; pero qué tontera la mia, mire usted si sabré cómo se llama usted; soy Bernardo Pujavante, y acabo de llegar de Barcelona. (Qué frialdad!)

Bibiana. Es usted don Bernardo?

Conde. Sí señora.

Bibiana. (A Julia.) Julia, qué ocasion de venir.

Julia. Ay, mamá!

Conde. Y deseando presentarme á ustedes, aunque sé que el señor don Deogracias... (No me escuchan.)

Bibiana. (A *Julia*) Si pudiéramos echarle; que no le viera Deogracias... quién sabe si volveria atras... voy á decirle que no está en casa.

Conde. (Cielos! qué recibimiento!)—Como don Deogracias está....

Bibiana. Caballero, mi esposo está fuera, y yo no acostumbro hacer sus veces nunca; puede usted volverse pasado mañana, ó el otro en ese caso... porque, la verdad, aunque he oido hablar algo á mi esposo de un tal Bernardo, de Barcelona, ignoró qué asuntos puede contener con él, y no puedo sin su auencia meterme en cosas que...

Conde. (Malísimo!)—Señora, ciertamente que no esperaba este recibimiento; ni creo que usted se halle ignorante de los planes de su esposo; además de esto, yo no he buscado casa en Madrid donde alojarme, porque contaba con esta, como quien viene á ser yerno de don Deogracias.

Bibiana. Quién? usted? casarse con mi hija? caballero, usted delira; con el hijo de un tapicero; cuidado que es imprudencia; he hablado muchas veces con mi esposo sobre el particular, y ciertamente que no me ha dicho nada de semejante proyecto; ni es posible que una boda de esta clase... y en fin, sobre todo, en cuanto á casa, mientras mi esposo no esté en ella me es imposible recibir á nadie. (Con esto se irá pronto; estoy en brasas.)

Conde. Vive Dios! Señora, yo hablaré con don Deogracias; veremos si hablo de memoria; y pondré en conocimiento de mi padre el trato indigno que ustedes me han dado.

Bibiana. Qué grosería! insultar todavía á la madre de la que quiere por esposa; vamos, Julia, dejemos ahí á ese hombre. Qué modales! Qué diferencia de este al conde, al fin hijo de un tapicero.

ESCENA IV.

EL CONDE. JULIA.

Conde. (Qué rabia! Si pudiera hablar á la hija.)—Señorita; señorita... Usted también...?

Julia. (No me gusta nada, pero me dá lástima.)—Caballero, mamá tiene el genio bastante pronto, perdónela usted sus primeros ímpetus.

Conde. Ah, Julia; no me ha engañado la fama que ha llegado de usted á Barcelona, y ciertamente que no se la puede ver sin comenzar á amarla.

Julia. Déjeme usted. (Cielos! si viniera el conde.)—Déjeme usted, mamá estará esperando.

Conde. Y bien, qué debo hacer? usted considera el conflicto en qué quedo.

Julia. Dios mio! cierto... pero... suelte usted; yo... mire usted... no entiendo... qué quiere usted que le diga? no oye usted? que me llama, ay! allá voy.

Conde. Julia, un momento todavía; dónde la veré á usted? prepare usted mejor á su mamá. Un momento. (*Deteniéndola.*)

Julia. No puedo; tenemos una visita de cumplimiento; está ahí el conde del Verde Sauco, agur.

Conde. Cómo? el conde del Verde Sauco ha dicho usted? Julia, Julia!

ESCENA V.

EL CONDE.

Conde. Cielos! y qué me suceda á mí esto! Por Dios que estoy lucido; pues el tal Bernardo tiene el campo á su favor; este hombre me ha engañado, fué una excusa. Qué color! y en esta circunstancia qué hacer? A Dios esperanzas y doté. Pero, y este conde del Verde Sauco, estoy curioso, mas gente viene por aquí; será acertado esconderme? sí, tal vez oiré lo que deseo saber.

ESCENA VI.

DON DEOGRACIAS. BERNARDO. PASCASIO. EL CONDE.
metido en el cenador.

Deogracias. (*A Pascasio.*) Pues anda listo que se va á cerrar la terciada; mira que estoy sin rapé, que sea bueno del de primera, y á casa de don Pedro con él, que allí te espero; y de lo otro, cuidado con chistar.

Pascasio. Señor, está bien.

ESCENA VII.

DICHOS, menos PASCASIO.

Bernardo. Es posible? con que no era ficcion? ah! ah! ah!

Deogracias. Qué habia de ser? no señor, duro sobre duro: ya ve usted que hemos empezado pagando bien el alquiler del nuevo personage.

Bernardo. La fortuna es que el mismo conde del Verde Sauco lo pagará...

Conde. (Hablan de mí...)

Deogracias. Qué ha de pagar?

Bernardo. Pues no lo ha de pagar? al momento que esto se acabe, bien ó mal, le buscaré, y le haré reconocer su deuda, y...

Conde. (Qué deuda es esta?)

Deogracias. No señor, no; aunque usted le cogiera por el cogote.

Conde. (Para descubrirme en esta casa.)

Deogracias. No ve usted que es un hombre arruinado, un calavera...

Conde. (Bravo!)

Deogracias. En fin, es seguro que no pagará; á mí tampoco me importaría, como se lograra el objeto; pero si despues mi muger no cede, si mi hija Julia...

Conde. (Es el padre? no tiene mal modo de estar en caza: qué de engaños!)

Bernardo. Pero hombre, cómo le he de decir á usted que su hija me quiere?

Conde. (Qué escucho?)

Deogracias. Si señor, le querrá á usted mucho...

Bernardo. Pues no me ha de querer, y yo me voy á descubrir á ella; yo no puedo pasar á sus ojos por lo que no soy...

Conde. (Hola!)

Deogracias. Volvemos á las andadas?

Bernardo. Pero señor don Deogracias de mi alma; hasta cuándo no he de ser yo el mismo que he sido toda mi vida?

Deogracias. Hasta mañana; no pido mas tiempo.

Bernardo. Pero ya qué pretende usted?

Deogracias. Si señor, pretendo todavía. Mire usted, venga usted acá, santo varón, no nos oigan. Esta noche, mi muger y mi hija no dejarán de ir á su sociedad; ya sabe usted como le he dicho que mi muger me ha obligado á mi mismo á jugar, á perder, en fin, á echarla de elegante.

Bernardo. Sí, acabe usted.

Deogracias. Bueno; pues esta noche fingiré irme con varios amigos, con el baron del Tahurete, ese truhan...

Bernardo. Sí señor.

Deogracias. Pero, se me olvidaba; en primer lugar usted no puede ir á esa sociedad tratando todavía de pasar por él.

Bernardo. Adelante.

Deogracias. Ya ve usted que es imposible; dentro de un rato se despide usted, se va adonde quiere...

Bernardo. Bueno, adelante. Usted, usted, qué hace?

Deogracias. Pues yo, como le he dicho á usted...

Conde. (Oigamos.)

Deogracias. Finjo irme con esos; no vuelvo por ellas, y cuando esten menos prevenidas... este es el gran golpe, verá usted cómo esto debe hacer un grande efecto.

Bernardo. Por Dios, adelante.

Deogracias. Aguarde usted, porque esta es el alma del plan, es darle la última mano.

Bernardo. Dios mío, vamos.

Deogracias. Hombre, cachaza: no nos oyen?

Bernardo. No señor, qué han de oír? ni un alma.

Deogracias. Pues señor, entonces... pero, calle usted, mi hija.

Bernardo. Por vida del plan...

Deogracias. Lo ve usted como hacia yo bien en irme con tanto; voy por mi caja, mientras que ustedes... allá...

Bernardo. Don Deogracias...

Deogracias. Pero hombre, si vuelvo.

ESCENA VIII.

BERNARDO, EL CONDE, y luego JULIA.

Conde. (Por Dios, que llevo adelantados mis asuntos; y no me será fácil salir de aquí.)

Julia. Señor Conde.

Conde. (Conde! bravo!)

Bernardo. Ah, Julia; soy feliz; ciertamente que para el primer día que nos vemos hemos disfrutado algunas horas de la dicha de vernos juntos.

Julia. Ah, si me fuera permitido creer que el conde del Verde Sauco me ama tan de veras como dice...

Conde. (Qué oigo? del Verde Sauco...?)

Bernardo. Julia, puede usted dudar de mi amor?

Conde. (Y yo he de sufrir esto?)

Julia. No; dudar, nunca; pero, qué sé yo; metido en el gran mundo, en los compromisos de la alta sociedad, qué pocos momentos puede usted dedicar á la memoria de su amada.

Bernardo. Verdad es; muchos atractivos tiene el mundo; pero crea usted, Julia mia, que desde que la amo, nada hay que pueda distraerme.

Julia. Sí, lo creo; pero tengo cierto cuidado... dicen que usted es valiente: ha tenido usted muchos desafíos?

Bernardo. Señora, son compromisos inevitables, un hombre de mi categoría...

Julia. Inevitables! dígame usted, si tuviese usted una querida...

Bernardo. Por qué lo ha de suponer usted, cruel; pudiendo usted asegurarlo? no la tengo ya?

Julia. Sea así, y diga usted, en ese caso tendría usted valor...?

Bernardo. Quién lo duda? el honor...

Julia. De irse á matar?

Bernardo. El honor...

Julia. El honor! y para tener honor es preciso ser un bárbaro! cruel, y me quiere usted?

Bernardo. Pero, Julia mia, usted misma me despreciaría si viese que era capaz de rehusar un lance de honor: no es verdad?

Conde. (No puedo sufrir más; yo le desafiaré. Pues he acertado en mudarme el nombre. (Saca una cartera, y escribe con lápiz sobre una hoja que despues rompe; deja la cartera olvidada sobre el banco para cerrar la escuela, se va escurriendo hácia la puerta hasta marcharse.)

Bernardo. No responde usted?

Julia. No me ama usted.

Bernardo. Julia mia...!

Julia. Mire usted que viene mamá.

ESCENA IX.

BERNARDO. JULIA. DOÑA BIBIANA.

Bibiana. Sigan ustedes; parece que el señor conde es tan amable como dicen.

Julia. Mamá, no sé por qué dice usted eso.

Bernardo. Su mamá de usted goza siempre de muy buen humor.

Bibiana. Y no puedo tomar parte en lo que ustedes hablaban?

Julia. Si por cierto; decía al señor conde que no me gustan algunas modas como los desafíos.

Bibiana. Julia, no me parece que es esa la educación que te he dado; no haga usted caso, señor conde; es una niña...

Bernardo. Señora, dice muy bien: (Qué vergüenza! hacer este papel á sus ojos.)

Julia. Pero mamá, los desafíos...? aquí viene papá, verá usted cómo es de mi opinión.

ESCENA X.

DICHOS. DON DEOGRACIAS.

Julia. Papá, llega usted á tiempo.

Deogracias. Di, hija mia, para qué?

Julia. Dígame usted; si tuviera usted una querida, y le desafiase, tendria usted valor de dejarla, y...

Bibiana. (Bajo á don Deogracias.) Brutol no vayas á decir alguna gansada..., mira que está delante el señor conde...

Bernardo. La verdad, don Deogracias.

Deogracias. (Es fuerza disimular.)

Julia. Papá, lo piensa usted tanto?

Deogracias. Hija mia, te diré, un hombre fino, de cierto nacimiento, no puede rehusar esos lauces de honor, y antes morirse que entregar la carta; yo creo que el señor conde pensará como yo.

Bibiana. (Ya se va civilizando.)

Julia. Lo cree usted así? dé veras?

Deogracias. Y por qué no? un hombre bien nacido...

Julia. Maldito nacimiento!

ESCENA XI.

DICHOS. SIMON con una esquila.

Deogracias. A quién busca usted?

Simon. El señor conde del Verde Sauco está aquí?

Bernardo. (Qué nueva diablura! don Deogracias...)

Deogracias. (Bajo á Bernardo.) Responda usted.—(Si será otro sastrel)

Bernardo. Qué tenía usted que mandarme?

Simon. Es usted?

Bernardo. Si señor; no me ve usted?

Simon. Efectivamente. Se me acaba de dar esta esquila para entregarla á usted en propia mano, y con la mayor prontitud posible.

Bernardo. (La toma.) Cierito... al conde del Verde Sauco... (Alguna entruchada del padre.)—(A don Deogracias, bajo.) Esto es tambien del plan...

Deogracias. (Puede! vamos, que el muchacho me ayuda, y sin decirme nada.)

Julia. Dios mio! lo que me dice el corazon. Señor conde señor conde, me permite usted leérsela...?

Bibiana. Julia! pero niña; ha visto usted, qué grosería, dónde se ha visto...?

Julia. Mamá, si es un favor... nada mas... se lo pido á usted,

Bernardo. Déjela usted; yo no puedo negarle á usted nada. (Sea lo que fuere.)

Julia. Ay, y qué de prisa se conoce que lo han escrito, y está con lápiz. (Lee.) «Señor conde, le supongo á usted un caballero; en esta inteligencia otro caballero, á quien ha ultrajado, le pide una satisfaccion...» Dios mio! mi corazon me lo decia. (Se apoya sobre el hombro de su madre, llorando.)

Bernardo. Una satisfaccion? déme usted, cierto; y en el café de... á las... yo?

Deogracias. (Bueno! á mí se me habia olvidado, un desafio; era indispensable: por eso traeria él la conversacion.)

Bernardo. (A *Simon*.) Quién le envía á usted? porque está firme.

Simon. Señor, lo ignoro.

Bernardo. (Ba, ba, ba) (A don *Deogracias*, bajo.) Don *Deogracias*, aquella maldita interrupcion del plan, pero ya estamos al cabo de la calle, eh?

Deogracias. (Si, que no hubiera dado en ello; pues le rdo es el niño.)

Bernardo. (Es muevo don *Deogracias*.) — Pero Dios mió!

Julita. ¿Algun le ha dicho algo?

Julia. Déjeme usted, desde que hablábamos parece que me tocaba Dios en el corazón.

Bibiana. Hija mía...

Bernardo. Pero esto no es nada; yo estoy muy acostumbrado á estos lances; esto es una bagatela, un rasguño, un ojo menos;

Julia. Un ojo menos!

Bernardo. Pues, un ojo menos y unas botellas. — (A *Simon*.)

Bien está, bien; dígame usted al sugeto que no faltaré.

Julia. Cómo tiene usted atrevimiento? Papá, y me abandona usted?

Deogracias. Hija mía, es preciso dejar correr las cosas; ya te casarás con el señor; pero primero es indispensable que se vaya á romper la cabeza con el insultado: las leyes del honor, todo lo exige; el señor conde no es un cualquiera.

Bernardo. *Julia*, crea usted que esto no es nada, yo no soy cobarde...

Deogracias. Efectivamente, señor conde, y parecería muy mal que por una niña se dejase usted silbar por sus iguales; debe usted romperse no digo yo su cabeza, pero mil si las tuviera; es una moda muy puesta en razon... y tal vez será porque le haya usted quitado la accra; oh! sí, sí; en ese caso, cómo puede evitarse el lance? y si yo no tuviera prisa, pero es tarde para mí, yo mismo sería su padrino.

Bernardo. Pero se va usted?

Julia. Papá!

Deogracias. Pero qué quieren ustedes que haga yo; al momento vuelvo á comer y á saber el éxito.

Julia. Deténgale usted: es posible que sea yo tan desgraciada: ah, maldito honor!



Bernardo: ¡Dón Deogracias, don Deogracias, ya es tarde; corre como un muchacho. Pero Julia, no se aflija usted, tal vez no se realizará: si es costumbre bárbara, los que la tienen procuran suavizarla: estas cosas son menos de lo que parecen. (A doña Bibiana.) Señora, le dejo á usted este sagrado depósito, y marcho á mi obligación.

Julia. Mamá! ay! se va; y todos le han dejado ir! Dios mío! qué le irá á suceder?

Bibiana. Vamos, niña, qué le ha de suceder? ¿te vas haciendo muy imprudente; mire usted si no ha de ir á un desafío; pues hay cosa mas racional? Pues si antes el conde ha insultado al otro, para repararlo y desagraviarle no le ha de romper despues la cabeza? Ven, te echarás Francisco! muchacha! — Ven, hija mía; sóségate, bebe un poco de agua y vinagre: eso no es nada; un desafío es para un elegante el pan nuestro de cada día.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

BERNARDO. FRANCISCO.

Bernardo. Hola, Francisco!

Francisco. Señor.

Bernardo. Ha vuelto ya don Deogracias?

Francisco. Y ha vuelto á salir.

Bernardo. Vendrá pronto?

Francisco. Me parece que no; porque al salir dijo que se iba á la lonja de ultramarinos, y allí ya se sabe, una hora, lo menos.

Bernardo. Qué hombre! cierto que es calma. Y las señoras?

Francisco. La señorita está mejor. Cuando V. S. se fue, se echó, no quiso comer; pero despues tanto le dijo su madre, que fue preciso levantarse, y emperejilarse... y en el tocador estan disponiéndose para la noche.

Bernardo. Bueno, vete; cuando venga don Deogracias, si no entra por aquí, avisame.

Francisco. Bien está.

ESCENA II.

BERNARDO.

Es mucho don Deogracias; vea usted, y parece un pobre hombre; quién habia de decir que habia de ingeniarse tanto? porque es innegable que la ocurrencia de crear un desafio es excelente; ello mi trabajo me ha costado hacer bien mi papel con aquel angel; aquellas lágrimas me partian el corazon, porque aunque tengo honor y no soy cobarde, no veo esto precision de matarse á cada instante por un quitame allá esas pajas. Pero quién es?

ESCENA III.

BERNARDO. EL CONDE, *entrando*.*Conde.* (Aquí está mi hombre!)*Bernardo.* (Estoy tan azorado con la parte que falta del plan, que todo se me antoja nuevas invenciones.)*Conde.* Caballero, palabra.*Bernardo.* (Qué diablo de hombre!)*Conde.* Usted es el señor conde del Verde Sauco?*Bernardo.* (Cáspita! yo no salgo de aquí; fuera no hago este papel; es cosa de don Deogracias; y sin avisarme...)*Conde.* Caballero, oyó usted que le hablé?*Bernardo.* Ah, sí; perdone usted, estaba distraído.*Conde.* Pregunta si tengo el honor de hablar al señor conde del Verde Sauco.*Bernardo.* Si señor, yo soy.*Conde.* Muy señor mío:—(tengo de apurarle:)—en ese caso, ya podremos hablar. Habrá usted recibido una esquelita?*Bernardo.* Sí señor:—(Esto me huele mal; á ser broma, á qué seguirla...?)*Conde.* Y bien?*Bernardo.* Qué?*Conde.* Se le citaba á usted.—(Es cobardo, y puedo gallear.)*Bernardo.* Sí señor.*Conde.* (Apuradillo está.)—Y bien?*Bernardo.* Qué?*Conde.* Que usted no ha asistido.*Bernardo.* Verdad que no.*Conde.* Y entre hombres de honor, debe usted saber que...*eh?**Bernardo.* (Diantrel!)—Cierto, pero un compromiso: si usted gusta podemos...*Conde.* No señor, para qué; yo soy un hombre despreocupado; yo riño en cualquier parte: me parece que ese jardín...*(Con eso lo oirán en la casa, no reñiremos, y le descubriré.)**Bernardo.* Hombre, aquí? esta no es mi casa.*Conde.* Sí señor, aquí; desde todas partes hay la misma distancia al otro mundo... vamos.*Bernardo.* Hombre...

Conde. (Ya le temblan las pantorrillas.)
Bernardo. (Se levanta.) Este empeño de que ha de ser aquí... vaya, eso es broma; las pistolas no están cargadas sino con pólvora, y don Deogracias quiere hacerlo a lo vivo y que oigan el ruido.

Conde. Extraño mucho que todo un hombre como usted parezca abrigar unos sentimientos tan cobardes.

Bernardo. Yo cobardes...
Conde. Pues vamos; si mientras más lo piense usted peor le ha de parecer.

Bernardo. Pero venga usted acá; porque la verdad, á usted don Deogracias no le habrá pagado para que me... y para nuestro plan, aunque yo sepa que no tienen más que pólvora, ya ve usted que eso... en no sabiéndolo ellas...

Conde. (Ya se entrega.)—Qué habla usted? yo pagado? ese es un insulto; señor conde, deliéndase usted.

Bernardo. (Por Dios que es lance; esto no es broma; éste es un asunto del verdadero conde; mas sencillo es decirle que no soy el conde.)

Conde. Vamos, á batirse.

Bernardo. Pues señor, camina usted bajo un supuesto infundado.

Conde. (Ya vomita, pero no le ha de valer; tengo de descubrirle.)—Cómo?

Bernardo. Si señor; no escuchen; yo no soy el conde ni...

Conde. Señor conde, quién lo hubiera pensado de usted? añadir á la cobardía la bajeza de negarse; no es usted el conde? el miedo...

Bernardo. El miedo, no le conozco; pero hable usted bajo; no lo soy; tengo motivos... en fin mañana á estas horas le diré á usted....

Conde. Cómo, usted quiere escaparse? pero veremos si es usted el conde; aquí en esta casa le conocen á usted; veremos si delante de ellos sostiene usted...

Bernardo. (Qué va á hacer?) (El conde va á llamar.) Este hombre me descubre; (Va hacia el conde, le detiene, y muda de tono, amenazándole siempre y sujetándole.) Venga usted acá; soy el conde, si señor, nos batiremos, y sobre todo, aquí, á hablar bajo, ó si no...

Conde. Cómo? usted?

Bernardo. Chiton, vamos bajando el tono. Si hasta ahora por motivos particulares le he parecido á usted un cobar-

de, sepa que no lo soy, nos batiremos, pero sepamos con
quién.

Conde. (Malísimo.)—Señor, eso no es preciso.

Bernardo. Indispensable, y pronto.

Conde. (Es fuerza fingir, porque mi deuda, y este hombre
no es el mismo.)

Bernardo. Eh? vamos!

Conde. (Qué pierdo? Bernardo y mas Bernardo, que para él
es como no decirle nadie.)

Bernardo. Vamos.

Conde. Pues señor, no me conocerá usted tal vez ya; sin
embargo, yo soy de Barcelona, me llamo Bernardo Pu-
jávante.

Bernardo. Qué oigo? usted Bernardo Pujávante?—(Qué es
esto...! ah, ah, ah!)—(Con sangre fría.) Con que es usted
Bernardo?

Conde. Si señor.

Bernardo. Miré usted lo que usted dice; sabe usted que ese
tal Bernardo le conozco yo, y...

Conde. Usted?

Bernardo. Yo, y no se le parece á usted en nada.

Conde. Bravo!

Bernardo. Ese Bernardo, no es un elegante; no desafia, no
dibuja con un florete; pero es un hombre que tampoco se
deja insultar de nadie.

Conde. Se atreve usted?

Bernardo. Sí, señor, á usted; y por qué no? y ahora mismo
he de saber quién es usted, ahora, ó va usted á contarlo
donde...

Conde. (Buena la he hecho; que le haya yo apurado!)

Bernardo. Se da usted prisa, ó...

Conde. Señor, la verdad; hablemos claros, yo no soy Ber-
nardo, pero hágase usted cargo de la razon porque yo
me inclino á creer que usted no es tampoco quien dice,
y entonces...

Bernardo. Eso no es del caso, y...

Conde. Pero, la verdad...

Bernardo. Dígame usted pronto quién es; yo soy el conde
del Verde Sauco.

Conde. Pues señor, entonces, si no me deja usted ser Ber-
nardo, no soy nadie.

Bernardo. Como?

Conde. Porque yo, es verdad que no soy Bernardo, pero he creído siempre ser el conde del Verde Sauco; dispéñeme usted.

Bernardo. Quién, usted?

Conde. Señor, si usted no quiere... pero aquí tengo papeles que...

Bernardo. Ah, ah, ah! Pues señor, es chistoso.

Conde. Cierto, es preciso confesar que es un lance chistoso.

Bernardo. Pero usted con el nombre de Bernardo, qué objeto... yo necesito saberlo.

Conde. Ah, ah, ah! Aquí no hay mas que franquearnos uno con otro; beberemos unas botellas.

Bernardo. No pienso en eso, porque yo necesito ser conde todavía algun tiempo, á lo menos en esta casa, y yo á usted nunca le daré mas satisfaccion que esta.

Conde. Qué disparate! yo soy un amigo de usted.

Bernardo. Pues yo no lo soy de usted porque no hay motivo.

Conde. Vaya, vaya, esto es mejor echarlo á broma, y confesemos...

Bernardo. Señor mío; usted hará lo que yo quiera: pero gente viene; sálgase usted y chiton, y cuidado con venir aquí á hablar una palabra, y mucho menos á echarla de conde, sino cuando yo lo mande.

Conde. Pero señor, esto...

Bernardo. Y mañana á las seis en punto en la Puerta del Sol; necesito saber de usted varias cosas, agur.

Conde. Y que me deje yo insultar! estoy lucido.

ESCENA IV.

Acaba de anochecer.

BERNARDO. JULIA. *(Con una palmatoria.)*

Julia. Ayl me he dejado aquí mi pañuelo y mis guantes; sí, cierto, aquí estan; cómo los había de encontrar? pero quién está aquí?

Bernardo. *(Julia; ahora me preguntará y yo me causo de fingir.)*

Julia. Ah! era usted, señor conde? dígame usted, qué ha resultado? cómo me tiene usted!

Bernardo. (Qué ha de decir?)—Nada, amable Julia; lo que le dije á usted, se echaron suertes; tocó á mi contrario tirar primero; pero por fortuna no salió el tiro; y saltó la piedra; yo no quise tirar; y los padrinos se interpusieron.

Julia. Qué gozo! y ha tenido usted valor de asustarme, y hacerme horar; ingrato!

Bernardo. Julia, perdóneme usted si...

Julia. Que le perdone... si, solo con dos condiciones, y le perdono á usted; pero juro usted cumplirlas.

Bernardo. Y duda usted?

Julia. Júrelo usted.

Bernardo. Sí, lo juro.

Julia. Me ha de decir usted primero quién es el agresor; segundo, por qué.

Bernardo. Cielos!

Julia. Ya lo entiendo; no quiere usted decirlo?

Bernardo. Bien quisiera; pero me es imposible.

Julia. Imposible?

Bernardo. Los hombres de mi clase solemos tener á veces pendientes cinco ó seis asuntos de esta especie, y no se sabe...

Julia. Cinco ó seis? Señor conde, y en siendo su esposa, de usted hará usted lo mismo?

Bernardo. Siempre seré el mismo, y no podré...

Julia. Y no puede usted dejar...? ó deje usted de ser conde, ó no cuente usted mas con mi amor.

Bernardo. (Cielos! qué ocasion!)—Julia, créame usted lo que voy á decirle, y perdóneme usted si la he ocultado hasta ahora...

Julia. Ya, ya lo entiendo; no diga usted mas; usted me ocultaba la causa de este lance, traidor, sin duda alguna otra pasión...

Bernardo. Yo traidor, otra pasión...

Julia. Pues dígame usted.

Bernardo. Julia, otra pasión; yo mismo quiero creer que es algun amante de usted ofendido; si, no tiene duda.

Julia. Qué dice usted? qué señas tiene?

Bernardo. (Holal!)—De mi estatura, mas alto, ojos negros, gran patilla.

Julia. Un frac de color, algo usado, guantes verdes.

Bernardo. Sí, el mismo; y espolines en las botas.

Julia. El es, él es.

Bernardo. Le conoce usted, Julia? quién es?

Julia. No se ha de enfadar usted conmigo...

Bernardo. Yo, Julia, con usted... cuente usted.

Julia. Señor conde, ese era un jóven con quien tenia papá tratada mi boda antes de conocer á usted; llegó usted, y todo se desvaneció. El estaba fuera; ni aun le conocíamos, pero con la esperanza de mi mano llegó esta mañana; mamá, á quien se presentó, porque papá no le viera, le echó con cajas destempladas, se quejó á mí, me cogió la mano, me habló...

Bernardo. Concluya usted, cómo se llama?

Julia. Bernardo Pujavante.

Bernardo. Bernardo! (Ya lo entiendo: infame conde!)

Julia. Qué, se inquieta usted? me habló; pero se lo juro á usted, le aborrezco; es grosero, ordinario... qué diferencia de Bernardo á usted? en fin, si cien veces viniera Bernardo á pedirme, si papá se empeñara, si el mundo entero se pusiera de su parte, yo firme le negaría mi mano, perecería, sufriría mil muertes antes que faltar á la fé que debo al conde del Verde Saucó: no me cree usted?

Bernardo. (Aparte distraído.) El la quiere; ha tomado mi nombre, como yo el suyo; pero cómo ha podido saber que yo...?

Julia. Créame usted, sí; yo misma le desprecié, le dejé solo; y tal vez él ha averiguado despues, le habrá visto á usted entrar y salir...

Bernardo. Sí, sin duda; estoy loco, loco; Julia, voy á ver á don Deogracias: Julia, téngame usted lástima.

Julia. Pero qué! qué tiene usted? necia de mí! qué le he contado? será posible?

Bernardo. Julia, á Dios, volveré, pero créame usted, de otro modo. (Vase.)

Julia. De otro modo! Dios mío! Señor conde! qué es lo que me pasa? (Se arroja encima del banco de césped, y tropieza con la cartera que el conde dejó.) Qué es esto? una cartera... del conde, sí; pero mamá viene, es fuerza guardarla.

ESCENA V.

DOÑA BIBIANA. JULIA.

Bibiana. Pero hija mia, para buscar unos guantes tanto tiempo. Válgame Dios...! qué tienes? lloras? qué te sucede?

Julia. Ah! mamá, no sabe usted...?

Bibiana. Qué! has sabido algo del desafío? ha muerto? salió herido? ay Dios mio! qué desgracia! maldita elegancia! maldita moda! Hija mia!

Julia. Mamá, sosiéguese usted; no es eso, no; ha salido bien.

Bibiana. Qué dices? respiro; ni una gota de sangre me habia quedado en todo el cuerpo; ya ves, una boda como esta; casarte con el primer elegante de Madrid, si me debía asustar; pero di, qué es ello? te queria engañar? era un bribon?

Julia. Mamá...

Bibiana. Trata de deshacer la boda? no quiere casarse ya? ay Dios mio!

Julia. Pero mamá, si...

Bibiana. Haya picaron! despues de pedir tu mano volverse atras; pero por qué, por qué ha sido todo esto? si eres un bruto; tú lo habrás echado á perder; con que es decir que nos ha engañado?

Julia. Pero mamá, por Dios! déjeme usted; sino es eso. Qué engaño ni que nada! si no es eso.

Bibiana. Hija mia, ya ves tú lo que les pasa á otras; es preciso un ten con ten... vamos, y qué fue?

Julia. Mamá, Bernardo, Bernardo...

Bibiana. Dónde está? qué ha hecho?

Julia. Es el que ha desafiado...

Bibiana. Atrevido, al señor conde.

Julia. Sí señora, y yo he tenido la imprudencia de contarle al conde lo que habia pasado, y ha creido sin dâda que yo le he querido.

Bibiana. Le has contado...?

Julia. Fue inevitable; y si viera usted cómo se puso, loco, furioso; se fue diciendo que iba á hablar á papá...

Bibiana. A tu padre? y á la hora de esta sabrá... si le pu-

diera prevenir... sí, ya le contaré lo que pasa; yo, yo misma desengañaré al conde; será un infierno la casa, si señor, y mi marido lo sabrá ya, y nos lo estará callando; tal vez él mismo le protege; aquí viene: vete al almacén, déjame sola con él.

ESCENA VI.

DON DEOGRACIAS. DOÑA BIBIANA.

Bibiana. Ven acá, ven acá; que es esto que pasa en casa? tú piensas engañarme; pero no lo lograrás; quitátele de la cabeza, no se ha de hacer tu gusto; callas? ya te entiendo, responde.

Deogracias. En buena hora he venido; pero muger, que es ello? yo engañarte?

Bibiana. Sí señor, tú: con que está aquí Bernardo?

Deogracias. (Qué oigo! sabe ya que es Bernardo.)—Pero muger, cómo?—(A Dios plan.)

Bibiana. Pues qué, piensas que yo no sé nada? y tú también lo sabías; di, di que no.

Deogracias. (Este maldito se habrá descubierto, por fuerza.)—Es verdad que lo sabía; pero...

Bibiana. No digo yo? pues mira, Deogracias, hablemos claros; precisamente como se porta también, presentarse así... con ese descaró...

Deogracias. (No digo yo que se ha descubierto?)

Bibiana. Insultando á todo el mundo; eso es burlarse.

Deogracias. (No hay sino tener paciencia.)—Pero muger, tanto delito es... si él no quisiera á la chica no hubiera procedido así... no ves que el mismo amor le ha obligado á hacer todo eso?

Bibiana. Todavía le disculpas; ya está visto que nunca convendremos en este punto; y á que engañarme y hacerme creer...? vaya, yo... en una palabra, toma tú determinación, ó despide á Bernardo al momento, ó ni cuentes con tu muger, ni con tu hija: ella le aborrece ahora más que nunca: le ha despreciado á él mismo.

Deogracias. A él mismo? pobre muchacho!

Bibiana. Sí, á él mismo, sí; con que haz lo que gustes; pero no lograrás nunca que tu hija se case con ese hombre.



bre, por mas astucias y por mas engaños que fragües... *(Vase.)*
Deogracias. Bibiana! esto no tiene remedio, se fue; si es una furia; y yo quisiera enfadarme, pero soy un pobre hombre.

ESCENA VII.

DON DEOGRACIAS.

La hemos hecho buena; todo mi proyecto por tierra; y en el interin mi muger gastando y triunfando. No, pues el resto de mi plan se ha de hacer; yo no quiero de la noche á la mañana encontrarme sin un cuarto, disipados mis caudales, no señor; yo guardaré mi oro, yo pondré orden en mi casa: ya que se frustró la boda con ese pobre muchacho, á lo menos no se perderá todo. Pero este imprudente cómo lo habrá hecho? y se lo dije yo... mas él nada, empeñado en descubrirse; pero aquí viene mi hija; me irrito al verla; voy, voy á buscarle; él me dirá... ó á lo menos le consolaré; qué afligido debe estar!

ESCENA VIII.

JULIA.

Nadie hay aquí; en ese almacén maldito hay tanta gente... y yo deseando ver mi cartera; del conde es... qué bonita! veamos. *(Lee.)* «Cinco mil reales del tilburí, que no puedo pagar todavía.» Otra deuda; y el tilburí le debe, ah! qué poco me gusta este carácter... Si me caso con él, yo le corregiré, sí. «Ocho mil reales á la fonda:» mas deudas! Dios mio! una carta... qué es esto? «Amada Josefina:» cielos! si me engañará; la fecha es de hoy. «Amada Josefina, disipa tus sospechas infundadas; es verdad que te he confesado mi plan de boda, con la Julia, y que la he pedido; pero ni en esto hay amor, ni siquiera inclinacion, solo una razon de conveniencia; mis asuntos lo exigen, su dote es crecido; ven fin, desengáñate, y vuélveme tu cariño; tú misma cuando me haya casado, y me veas mas constante contigo que nunca...» Infame! *(Cae sobre el sillón.)*

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

PASCASIO.

Qué embajada! enviarme ahora el conde del Verde Saucó, mi antiguo amo, un recado para que busque una cartera... Sí, dice que por aquí... pues no está; y que dé esta esquila á mi amo; y cuánta cosa me ha dicho, que ya no necesita casarse, que su tía acaba de espirar, que hereda qué sé yo cuanto, y luego que mi amo don Deogracias se ha arruinado esta noche jugando. Jesus! Jesus! qué de enredos y misterios, vaya! y lo cierto es que van á dar las seis y mis señores todavía no han venido á recogerse; pues nunca les sucede... pero aquí están.

ESCENA II.

DON DEOGRACIAS. *Después* PASCASIO.

Deogracias. Vamos, que esta casa no parece sino una casa de orates; qué desorden! todo abierto, nadie recogido al amanecer todavía, ni aquí hay una alma. Señor, señor, si concluiremos de una vez; este Bernardo dónde estará? por mas que le he enviado á buscar, no parece desde ayer tarde; ello es preciso que yo le instruya de todo; qué quieres?

Pascasio. Señor, acaban de darme esta carta para usted.

Deogracias. Bien, anda con Dios; abre y barre el almacén: temprano empieza hoy la correspondencia, á estas horas... «A don Deogracias &c...; el conde del Verde Saucó:» otra! qué pesado es el tal señor! si volverá á insistir... pues yo bien claro hablaba en la mía... eh! luego la leeré; no estoy para perder tiempo. Francisco, Francisco.

ESCENA III.

DON DEOGRACIAS. FRANCISCO.

Francisco. Señor.*Deogracias.* Y mi muger y mi hija han vuelto ya?*Francisco.* No señor. Quien ha estado hace un momento ha sido el señorito que almorzó aquí ayer... tan elegante...*Deogracias.* Sí, y qué?*Francisco.* Mucho le incomodó no encontrarle á usted en casa; dice que ha corrido buscándole toda la noche; que ha oído decir qué sé yo qué cosa de ruina y pérdidas en el juego, y... venia asustado.*Deogracias.* Calla, (él tambien lo ha creído?)—y se fue?*Francisco.* Dijo que tenia una cita á las seis con un conde ó marqués... ó qué sé yo; pero que volvía al momento.*Deogracias.* Bueno! pues ahora lo que corre mas prisa es buscar á tus señoras; voy á ver si estan todavía en casa del baron de la Palma, que parece que se las llevó para consolarlas. Veremos qué tripas les ha hecho la noticia de mi ruina; pero aquí vienen ya, vete; buena mosca traen!

ESCENA IV.

DON DEOGRACIAS. DOÑA BIBIANA. JULIA. (*Entran por el almacén, Francisco abre.*)*Bibiana.* Jesus, Jesus qué noche! parece que estaban conjuradas todas las sotas contra mí bolsillo. Pero es posible que tú tambien... pues si veías que yo no tenia fortuna por qué te fuiste á jugar...?*Deogracias.* Esas reconvenções son inoportunas, llegan muy tarde; tú misma sabes que nunca habia cogido un naípe; tú con esa maldita manía me has llevado al precipio, porque era el jugar de elegantes; tú me has arruinado de mil modos; los criados, las libreas, el coche para todas partes, los vestidos, los brillantes, las

esquelas impresas hasta para dar parte de si íbamos á paseo, los convites, los bailes, los ambigús, en que todo Madrid se ha reido de nosotros; en fin, cuanto ha podido atraernos, juntamente con nuestra ruína, el desprecio de nuestros iguales, la indignacion de nuestros superiores, y la mofa y las hablillas del pueblo entero. Ya no tiene remedio, volveremos á empezar á los cincuenta años, si el ridiculo que nos hemos echado encima no nos hace morir de vergüenza.

Bibiana. Pero qué! estamos enteramente arruinados? no es posible.

Deogracias. Ya te lo he dicho, hasta el almacen; en fin, no nos queda mas que nuestra vanidad.

Julia. Ah! mamá, cuántas veces le decia yo á usted «no juegue usted.»

Bibiana. Y qué, querias que yo no jugara? qué importa? tú nada habrás hecho, ni harás; yo me fui en este conflicto á casa del baron de la Palma; alli he escrito tres esquelas contando nuestra situacion á la marquesa de Clavel, al baron de Baraundi, y al duqué del Término, y estoy segura de que nos adelantarán... conozco demasiado su amistad, y si ayer perdimos, otro dia ganaremos.

Deogracias. Asi empiezan los caballeros de industria.

Bibiana. Vamos, vamos á ver si vuelve ese lacayo de la marquesa, qué enviamos á las tres partes.

ESCENA V.

DON DEOGRACIAS.

Tú verás la respuesta de esos marqueses; pero á propósito de personajes, qué me querría el bueno del conde con esta nueva carta? Veamos.

«Señor don Deogracias, es preciso confesar que me he divertido con usted; con que se ha creído que un hombre de mi clase se hubiese de humillar hasta enlazarse con uno de la suya? Han variado las circunstancias, y estoy mucho mas en el caso de despreciar á usted que en el de solicitar su amistad. Cuide usted de sus fardos... &c. &c.»
Ah, ah, ah! cierto que me importa mucho que el señor

conde me desprecie; pero ahora que me acuerdo, ah! si no se hubiera descubierto este infeliz Bernardo, qué ocasion! qué carta! esta se la achacaria yo á él, como eserita despues de haber sabido nuestra ruina: oh, cómo le maldecirian, y entoncces qué ocasion de descubrirse! pero aqui estan.

ESCENA VI.

DOÑA BIBIANA. DON DEOGRACIAS. JULIA.

Bibiana. Quién lo habia de pensar de tanta amistad?

Deogracias. Qué! han venido las contestaciones de esos amigos tuyos?

Bibiana. Oh! si nunca les hubiera escrito: mira tú, llamándome la marquesa del Clavel «la señora comercianta» y el duque del Término «dígame usted á la tendera,» y que lo sienten mucho; ni se han dignado contestar. Dios mio! qué ignominia!

Deogracias. Ya me lo figuraba yo eso...—(Esto va á las mil maravillas.)

Bibiana. Infames!

Julia. Qué es esto que nos sucede?

Bibiana. Aun nos queda una esperanza.

*Deogracias.*Cuál? ya te entiendo; gracias á este escarmiento, ya pensarás con mas juicio. Bernardo tal vez.

Bibiana. Quién? Bernardo? vuelves á tu porfia? no ha de ser, no señor. El conde del Verde Sauco; ese quiere de veras á mi hija, aunque te pese; ese nos sacará de este apuro.

Deogracias. Quién? el conde del Verde Sauco?

Julia. (Dios mio! en qué ocasion; y yo le aborrezco.)

Bibiana. Ese es el único...

Deogracias. (Qué es esto? si habrán visto al verdadero conde? él la queria, es cierto; ayer noche no estuve con ellas, y como ya habian descubierto á Bernardo, le admitirian; él las obsequiaria; y esta última carta la escribiria despues de saber mi ruina; de cualquier modo que sea, nada arriesgo en enseñarla.)

Bibiana. Qué piensas? qué dices?

Deogracias. Muger, no queria hablarte de esto; pero mira

una carta que acabo de recibir del conde. (No hay remedio, le han conocido esta noche, no se habrá marchado; claro está que no, cuando me escribe.)

Julia. Dios mio! añadir la infamia á la traicion!

Bibiana. Ya no hay ninguna esperanza.

Deogracias. (Me dan lástima; pero demos el último golpe.)

—En fin, me parece que ya no queda mas recurso que Bernardo; él es generoso, está enamorado, en sabiendo nuestra situacion...

Julia. Ah, papá, nunca, nunca. Despues del desaire hecho á Bernardo por el conde, seria para mí un verdugo su generosidad; he sido engañada, lo confieso; pero esta situacion en que nos vemos deja una herida demasiado profunda en mi corazon, y harto haré en poder olvidar un amor neciamente puesto en un hombre indigno de ser querido, ni de querer.

Deogracias. Hija mia, pero ese amor cuándo se formalizó? de cuánto tiempo? ó yo estoy loco.

Julia. Papá mio, pocas horas han bastado; pero no haga usted mi tormento mayor, recordándome mi ligereza.

Deogracias. Pobrecita...! (Mas Bernardo viene; en qué ocasion tan mala.)

ESCENA VII.

DON DEOGRACIAS. DOÑA BIBIANA. JULIA. BERNARDO.

Bernardo. Familia desgraciada, hermosa Julia.

Julia. Aparte usted; aun tiene usted atrevimiento...

Bernardo. Julia, qué mudanza...

Julia. Tome usted, tome usted las pruebas de su cariño...

(*Le da su carta y la cartera.*)

Deogracias. Está loca; pobre muchacha! le da á Bernardo la carta del conde.

Bernardo. Julia, basta de ficcion; esto no es mio.

Julia. No es de usted?

Bernardo. Ni soy el conde del Verde Sauco, ni nunca lo he sido.

Bibiana. Qué dice?

Julia. Usted no?

Bernardo. Efectivamente, el conde verdadero del Verde Sauco es el dueño de esta cartera.

Julia. Quién?

Bernardo. El que se ha presentado á ustedes diciéndose Bernardo.

Julia. Papá!—Y usted quién...?

Bernardo. Yo soy el único Bernardo...

Julia. Usted?

Bibiana. Usted?—Hombre, qué dices?

Deogracias. Sí, el señor; pero qué, no lo sabías ya? pues no me dijistes, muger, que sabías que Bernardo estaba aquí? yo creí que habías descubierto que el señor era Bernardo, y no el conde, como suponíamos.

Bibiana. Jesús, Jesús! yo sueño.

Bernardo. Señora, es cierto; y en pocas palabras le prometo aclarar el resto de duda que pueda quedarle. Bástele ahora saber que soy Bernardo Pujavante. En este momento me he visto con el conde á quien yo habia citado esta mañana; nos hemos franqueado uno á otro, y todo está corriente. Solo, pues, resta, Julia mia, que usted me perdone este ligero engaño.

Julia. Por qué le ha usado usted conmigo?

Bernardo. Me equivoqué; ahora conozco que no merecía usted esta ficción; pero vengo á enmendar mi yerro, ofreciendo á usted con mi mano una remuneracion en mis bienes del mal trato de la suerte.

Bibiana. Qué nobleza! y qué vergüenza para mí!

Bernardo. Solo apetezco que su mamá de usted...

Bibiana. Venga usted á mis brazos, noble jóven, aunque no soy digna de ellos; estoy corregida de mi manía.

Julia. Con que ya no tendrá usted desafíos, ni trampas, ni...

Bernardo. Jamás, Julia; el amor y la virtud en una honrada medianta nos harán felices, y el trabajo y la economía les indemnizará á ustedes...

Deogracias. No hay necesidad; ven á mis brazos, Bernardo, hijo mio; llegó el caso de descubrir el resto de mi plan: mi ruina es supuesta.

Bibiana. Qué dices?

Julia. Papá!

Bernardo. Supuesta!

Deogracias. Si, hijos míos; quise aplicar este último cor-

rectivo á la locura de mi muger, ha surtido efecto ; y me doy por contento si conoce á lo que se espone el que trata de salirse de su esfera.

Bibiana. Ah? esposo mio, perdona...

Deogracias. Harto recompensado estoy si puedo cimentar mi futura felicidad en tu escarmiento; desde hoy te volverás á llamar Bibiana, y á pesar de la moda y del buen tono, mandaré yo en mi casa. Casaremos á nuestra hija, y nos honraremos con el trabajo; que si algo hay vergonzoso en la vida, no es el ganar de comer, siendo útil á la sociedad, sino el no hacer gala cada uno de su profesion, cuando es honrosa.

FIN DE LA COMEDIA.



1088740

